



## Cartagineses en América según los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII

Juan Francisco Maura  
The University of Vermont

### RESUMEN:

Esta investigación profundiza en las menciones realizadas por cronistas españoles, en su mayoría, de los siglos XVI y XVII, sobre los viajes que se realizaron desde de la península Ibérica antes de 1492 con destino al continente americano. En la mayor parte de los casos, se hace referencia a naves cartaginesas, aunque también aparecen menciones de otros pueblos de la Antigüedad con gran experiencia marítima.

PALABRAS CLAVE: Cartagineses, América, cronistas de Indias.

### ABSTRACT:

This research will focus on the mentions made by Spanish chroniclers, mostly from the sixteenth and seventeenth centuries, on the voyages that were made from the Iberian peninsula before 1492 to the American continent. In most cases, reference is made to Carthaginian ships, although there are also mentions of other civilizations of antiquity with great maritime experience.

KEY WORDS: Carthaginians, America, chroniclers of the New World.

---

### Introducción

Non defunt qui putent eam, terram, aut iusulam in quam Charthaginenses nauigasse produnt, fuisse Americam, aut Brasiliam vel insulam Sancti Dominici, aut Cubam, seu partera aliquam continentis Noui Orbis: Nam audi de his differentem Marianam lib. 2. de Rebus Hispan. cap. 2. Quo tempore nempe Anno Urbis Conditae trecentesimo quinquagesimo sexto, ex Carthaginensium numero, quidam classe soluentes ex Hispania, vi ventorum abrepti, an Hannonis emulatione praeter Occasum & Austrum directis prori, multorum dierum nauigatione Oceani fluctibus victis, insulam conspicati sunt: in quam excensione facta, inuenerut latam.<sup>1</sup>

1.- Thomas Maluenda, *De Antichristo libri XI*, (Romae: Apud Carolum Vullietum, 1604), lib.3, cap. 16, 148. Maluenda repetirá la historia de Aristóteles (o su discípulo Teofrasto para otros) de que naves cartaginesas llegaron a tierras del

Este trabajo se centrará en las menciones hechas por cronistas españoles, en su mayoría del siglo XVI, sobre embarcaciones que salieron de la península Ibérica antes de 1492 con destino al continente americano. En la mayor parte de los casos, se hace referencia a naves cartaginesas, aunque también aparecen menciones de otros pueblos de la antigüedad con gran experiencia marítima.<sup>2</sup>

Hace más de doscientos mil años que los humanos habitan sobre la faz de la tierra y millones de años que los homínidos han hecho lo mismo. Sin embargo, la historia escrita es muy reciente, ya que se remonta a escritos como el *Poema de Gilgamesh*, *La Biblia*, o los libros de Homero, *La Odisea* y *La Ilíada*, y ninguno de ellos es anterior al año 3000 A.C. Para poder hacer un trabajo «científico» sobre las migraciones de los humanos entre diferentes continentes tenemos que limitarnos hasta donde las fuentes geológicas, arqueológicas, escritas y cartográficas nos permitan. Sería, no solamente arrogante sino poco sensato, incluso descabellado, pensar que en esos más de cien mil años de historia del hombre ninguna persona o grupo haya cruzado de un continente a otro en precarias embarcaciones, de la misma manera que se hace hoy en día. Ya sea en solitario, a remo o a vela, individuos de ambos sexos, incluyendo adolescentes, siguen cruzando el Atlántico. También durante todo el año cruzan en frágiles «pateras» atestadas de gente y enseres, con un saldo vergonzoso en vidas humanas, las turbulentas aguas del estrecho de Gibraltar y de otras partes del Mediterráneo, familias enteras en busca de libertad y de un futuro mejor en tierras europeas. Es de suponer que los mejores navegantes de tiempos pasados como fueron los fenicios, cartagineses o celtas tuvieron, por accidente, necesidad vital, curiosidad o imperativo comercial, interés por ver lo que había más allá del «mar tenebroso». Algo parecido ocurrió con los polinesios que recorrieron muchos siglos antes que Colón distancias mucho más largas por todo el océano Pacífico.

Los primeros testimonios en los que autores clásicos explican el origen de los habitantes del llamado «Nuevo Mundo» y su relación con pobladores del «Viejo Mundo» han sido sistemáticamente desechadas. No obstante, en las últimas décadas y gracias a los avances científicos llevados a cabo por arqueólogos, antropólogos, historiadores y lingüistas, todo apunta a que la evidencia recientemente acumulada está obligando a replantear muchos de los postulados que hasta la fecha habían sido considerados «canónicos». En el presente caso me refiero al contacto entre los pobladores de las costas atlánticas de ambos

Nuevo Mundo sobre el año 356 a.C. Noticia conocida, como se verá a continuación, por la inmensa mayoría de los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII.

2.- Este artículo, por razones obvias de espacio, no pretende abarcar, ni mucho menos, todas las exploraciones que se realizaron en la Antigüedad. Tampoco pretende incluir todas las pruebas arqueológicas o lingüísticas que sobre estos viajes se hayan realizado y mucho menos todo lo referente al tema de la «Atlántida». La base del presente trabajo son las afirmaciones de estos tempranos cronistas de los siglos XVI y XVII, que, si bien es cierto que en algunos casos fueron tan fabulosas como las que hicieron los cronistas griegos en la Antigüedad, en otros aportan una lógica digna del más reputado científico. Para una comprensión más amplia sobre relatos de viajes realizados en el mundo clásico, véanse, entre otros: Acquaro, E. «Cartaginesis in America, una disputa del XVI secolo», *Actes du 3er. Congrès international d'études des cultures de la Méditerranée Occidentale*, París 1985, 99-103, el siempre ameno y documentado Carlos García Gual «Viajeros griegos. Viajes reales y fantásticos» en *Viajes, Literatura y Pensamiento*. Fernando Calderón Quindós y Pablo Javier Pérez López, Coords. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2009, Alexander Giannini, *Aradoxographorum graecorum reliquiae, recognovit, brevi adnotatione critica*. Milan: Instituto editoriale italiano, 1965. Francisco Javier Gómez Espelosín, Margarita Vallejo Girvés y Antonio Pérez Largacha. *Tierras Fabulosas de la Antigüedad*. Madrid: Universidad de Alcalá, 1994 y R. González Antón, López Pardo, F. y Peña Romo, V. (eds.). *Los Fenicios y el Atlántico*. IV Coloquio del CEFYP. Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, 2008.

continentes. No así en el caso asiático, donde desde hace tiempo, la mayoría ha aceptado la existencia un transvase intercontinental sistemático y continuo de personas ya fuera a pie o en balsa, durante muchos siglos a través de los extremos septentrionales, unidos en algunos periodos geológicos por mares de hielo en el estrecho de Bering. No ocurre lo mismo con los contactos transatlánticos, donde los defensores de la vieja escuela son muchos y todavía existen acaloradas disputas y una férrea resistencia a aceptar que este tipo de contactos existiesen, eso sí, exceptuando casos esporádicos de presencia nórdica (e. g: vikingos) en tierras canadienses. Es precisamente desde la preponderancia del mundo nórdico protestante sobre el meridional católico, donde se ha potenciado mucho más el estudio de la presencia vikinga y sus sagas, a costa de la historiografía, mucho más rica de lo que se piensa sobre los presuntos viajes realizados por los cartagineses a esas mismas tierras americanas. Como en todo estudio hecho desde un marco teórico y científico, lo más importante son las pruebas, tanto las escritas como las arqueológicas o lingüísticas, que se han venido acumulando a través del conocimiento empírico de navegantes desde la antigüedad. Dichas pruebas, en el presente caso las escritas, recopiladas y contrastadas con el testimonio de nuestros cronistas del siglo XVI que en forma de historias, fábulas, mitos o leyendas se han ido transmitiendo, con mayor o menor fortuna hasta el presente, serán la base del presente trabajo.

## I

### «Veritas odium parit» (Terencio)

Aunque el tema del pre-descubrimiento fenicio o cartaginés de América no es en ninguna manera nuevo, son pocos los trabajos que se han escrito desde la perspectiva de la cronística española del siglo XVI, y eso a pesar de que casi todos los cronistas españoles de los siglos XVI y XVII lo mencionaran.<sup>3</sup> Sin duda, en el siglo XX, José Alcina Franch proporcionará un enorme caudal de datos, etnográficos y antropológicos, y en los años 1996 y 2000, el historiador Jaime Gómez de Caso y Zuriaga escribirá dos breves (en español y en inglés) pero interesantes artículos sobre el tema.<sup>4</sup> Sin embargo, ninguno de estos trabajos e investigaciones ha sido concluyente sobre el tema de la presencia púnica en territorio americano. El presente artículo tiene pues por objetivo ofrecer un abanico historiográfico más amplio de fuentes pertenecientes a la cronística renacentista, en su mayoría española, que vendrá a reforzar la más que aceptada teoría de la llegada a tierras americanas

3.- En el siglo XVIII contamos con el jesuita francés, Joseph François Lafitau, que ofrece un compendio de los trabajos realizados anteriormente por cronistas españoles, añadiendo su propia investigación y experiencia sobre el tema. En el siglo XIX, igualmente, tenemos a Marcos Jiménez de la Espada y de manera tangencial, Alexander Von Humboldt que presentarán nuevas perspectivas. Véanse, Joseph François Lafitau, *Customs of the American Indians*. 2 vols. Transl. by Fenton and Moore (Toronto: The Champlain Society), 1974, Marcos Jiménez de la Espada, *Del hombre blanco y signo de la cruz precolombiano*. (Bruselas: Imprenta de Ad. Mertens, 1887), y Alejandro de Humboldt, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, trad. Luis Navarro y Calvo. vol. 2. (Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1914).

4.- Véase, Jaime Gómez de Caso Zuriaga, *Spanish Historians of the Sixteenth Century and the Prediscoveries of America. Mediterranean Studies*, 9. (2000): 79-88, y «La gran travesía púnica: España, Cartago y América». *Revista de Historia y Arte* 2 (1996), 35-48. Véase también, entre otros, el trabajo de Gema Areta Marigo, «Travesías de un discurso: islarios, atlántidas y otros principios» en *Herencia cultural de España en América: siglos XVI y XVII*. Edición de Trinidad Barrera. (Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2008), (31-50).

de naves salidas desde la península Ibérica al llamado Nuevo Mundo de manos de estos tempranos navegantes.<sup>5</sup>

Es más, resulta sorprendente que la inmensa mayoría de los cronistas españoles del siglo XVI contemple esta posibilidad. El investigador Juan Manzano cuenta que en la tierra firme donde Cristóbal Colón situaba el Paraíso Terrenal, se encontró a muchos «indios blancos» o «casi tan blancos» como los españoles, prueba evidente —según Manzano— de que años antes llegaron a ese lugar gentes de Europa.<sup>6</sup> Pero, por razón de espacio, el presente trabajo no se va a concentrar en el llamado «pre-descubrimiento» o historia del «protonauta», sino en lo concerniente a navegantes de la época antigua, en particular, cartagineses.<sup>7</sup>

Sería tarea imposible incluir en este estudio todas las aportaciones sobre la actividad de fenicios o cartagineses en América. Lo cierto es que ha estado documentada desde siempre esta presencia, aunque es ahora cuando más está saliendo a relucir. A este respecto, José María Blázquez Martínez escribe que la navegación a las islas del Atlántico, Madeira o Canarias está confirmada por un texto del Pseudo Aristóteles, en su tratado *Perithaumasion akousmata*, 84, 1, que posiblemente se remonta a Timeo, historiador griego del siglo III a. C, y a Diodoro Sículo, historiador siracusano contemporáneo de Augusto. Estos hechos, según Blázquez, pueden remontarse al siglo VI a. C., o incluso antes. El párrafo de Diodoro Sículo es el siguiente:

Los fenicios, por las razones antes dichas, exploraron las costas sitas más allá de las Columnas navegando a lo largo de las costas de Libia, fueron arrastrados por los vientos hasta parajes de larga navegación en el Océano. Cuando muchos días después cesó la tormenta arribaron a la isla mencionada, cuya felicidad y naturaleza reconocieron, comunicando la noticia a todos. Por esto los etruscos, que entonces poseían el dominio del mar proyectaron enviar allí una colonia, pero los cartagineses se lo impidieron, pues temían que, a causa de las excelencias de la isla, muchos cartagineses se estableciesen en ella; al mismo tiempo querían reservarse un refugio para el caso de un revés de fortuna, si sobrevenia algún

5.– Algunos investigadores dividen a estos primeros cronistas en tres grupos: primero a los conquistadores cronistas, segundo a los eclesiásticos cronistas, y tercero a los «historiadores de Indias», distinguiendo a este último grupo como el más especializado y científico por su interés en las culturas conquistadas, así como en su flora y fauna. No comparto la idea de dividir en categorías a los autores que nos proporcionan información sobre las Américas. Creo que estas divisiones taxonómicas lo único que hacen es crear rigidez y una limitación innecesaria a la hora de buscar datos importantes para nuestra investigación.

6.– Véase, Juan Manzano Manzano, *Colón y su secreto* (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1976), 440.

7.– Mártir de Anglería, comenta sobre indios con túnicas blancas, indios que los españoles confunden con frailes mercedarios (Pedro Mártir Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo* (Buenos Aires: Bajel, 1944), Década 1, lib. 3, cap. 6, 38-39. Dicha información es similar a la que proporciona Hernando Colón: «Refirió el marinero que entre estos había visto uno con una ropa blanca que le llegaba a las rodillas, y dos que la llevaban hasta los pies; los tres eran blancos como nosotros, pero que no había llegado a conversar con ellos, porque, temiendo de tanta gente, comenzó a gritar llamando a sus compañeros; los indios huyeron y no volvieron más» (Hernando Colón, *Historia del almirante*. (Madrid: Tomás Minuesa, 1892), cap. 56, 251. Estas descripciones concuerdan, en cierta forma, con la que ofrece Colón en su primer viaje (Domingo 16 de diciembre): «Este rey y todos los otros andaban desnudos como sus madres los parieron, y así las mujeres, sin algún empaño, y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hobieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España» (Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*. Edición Ignacio Anzoátegui, Décima Edición. Madrid: Espasa-Calpe, 1964). 91.

acontecimiento ruinoso para Cartago, ya que dueños del mar, podrían huir con sus familias a dicha isla ignorada de sus vencedores.<sup>8</sup>

Como se verá a continuación, otros historiadores, basándose en las mismas fuentes, no relacionarán esta isla con el archipiélago de Madeira o Canarias. Haciendo un sumario resumen de algunos de los clásicos que con más notoriedad han escrito o mencionado la posibilidad de otros mundos u otras tierras «más allá» de las columnas de Hércules, o incluso en otras partes del mundo, nos encontramos con algunas citas relevantes.

Platón, ya en el año 363 a.C, es uno de los primeros en mencionar una isla localizada en el Atlántico: 'En ese entonces aquel mar era navegable, pues frente al estrecho que vosotros denomináis «columnas de Hércules» (así decís) existía una isla que era más grande que Libia y Asia juntas.<sup>9</sup> Una isla inmensa de la que tuvo noticia a través de Solón, uno de los siete sabios de Grecia y este a su vez de unos sacerdotes egipcios.<sup>10</sup> Estas referencias a la Atlántida aparecen en forma de diálogo en dos obras de Platón, *Timeo* y *Critias*. Critias, discípulo de Sócrates, relata que su abuelo le contó siendo un niño como el sabio Solón, le había transmitido la historia de la Atlántida, que había recibido a su vez de unos sacerdotes egipcios en una ciudad del delta del Nilo llamada Sais, la historia de la Atlántida. La historia era la siguiente: Critias narra que nueve mil años antes de la época de Solón (658-540 a. de C), los atenienses detuvieron la invasión de los atlantes, aguerridos habitantes de una gran isla llamada Atlántida, situada frente a las columnas de Hércules. Esta isla, poco tiempo después de la victoria de los atenienses, se hundió para siempre en el mar a causa de un terremoto. La razón, al parecer fue un castigo divino por la soberbia de sus habitantes. Esta isla aparece mencionada en el *Timeo*, como una sociedad ideal, algo parecido a la sociedad descrita en *Utopía*, obra escrita casi dos mil años después por el humanista inglés Tomás Moro. En *Critias*, la historia describe la localización geográfica, la estructura y el gobierno de la isla. Sobre el tema de la Atlántida se han realizado numerosos y buenos trabajos. Así, Ivana Costa en su artículo «Creso y Solón en el espejo de la Atlántida platónica», escribe:

El otro aspecto destacable en la construcción del personaje de Solón en las *Historias* —algo que adquiere mayor relieve aún en la fábula platónica— es su aventura de viajero. En la invención de la Atlántida, será crucial el hecho de que Solón haya viajado por Egipto ya que, según Platón, desde allí trajo la noticia inadvertida para los atenienses de la gesta guerrera de la Atenas ancestral. El viaje a Egipto seguramente debe haberlo obtenido Platón de las *Historias* de Heródoto, quien menciona en I. 30 y en 2.177 la visita a los sacerdotes egipcios, al cabo de la cual, Solón habría ido a ver a Creso. Ahora, en la pintura de Creso que realiza Heródoto, Egipto tiene un papel secundario: el interés de ese viaje es, más bien, subrayar la sabiduría cosmopolita que adquiere Solón de su peregrinar, y que luego hereda Creso, como consejero de los reyes persas (Costa).<sup>11</sup>

8.– José María Blázquez, M.J. Alvar y C. González Wagner. *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, (Madrid: Cátedra, 1999), 38.

9.– Platón, *Timeo*. Traducción, introducción y notas, Conrado Eggers Land. (Buenos Aires: Colihue, 2005), 2. 'La historia del Estado antes descripto', 24e, 97.

10.– Cuando se habla de Asia en este contexto se entiende como Asia Menor.

11.– Ivana Costa, «Creso y Solón en el espejo de la Atlántida platónica». *Synthesis* 14 (2007), 4. Consultado en: <[http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0328-12052007000100005](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0328-12052007000100005)> (11 de Marzo de 2017).



Lógicamente, para poder interpretar la solidez y validez de estas historias, transmitidas generacionalmente, es imprescindible situarse en su contexto cronológico. En el caso que nos ocupa, uno de los historiadores más involucrado en el origen de los primeros pobladores americanos es el jesuita José de Acosta (1539-1600) que, sin excesivo respeto a las autoridades clásicas, escribe lo siguiente sobre la Atlántida: «No puedo creer que Platón pueda contar aquel cuento de la isla Atlántida como verdadera historia, [...] no se puede tener de veras, si no es a muchachos y a viejas».<sup>12</sup>

Quizá el historiador clásico que de una manera más obvia nos dice que el contacto entre ambos continentes era cuestión de tiempo, haya sido Séneca.<sup>13</sup> En su tragedia *Medea* escribió en latín los siguientes proféticos versos traducidos al castellano por el dominico Gregorio García (1554-1627), que nos indican que la «osadía» de los hombres no permitirá que ningún rincón de la tierra quede sin ser visitado:

Tras luengos años verná/un siglo nuevo y dichoso/que al Océano anchuroso/sus límites pasará./ Descubrirán grande tierra,/ver otro Nuevo Mundo/navegando el mar profundo/que ahora el paso nos cierra./La Thyle tan afamada/como del mundo postrera/quedará en esta carrera/por muy cercana contada/Mas ahora es otro tiempo/y el mar, de fuerza o de grado,/ha de dar paso al osado/y el pasarle es pasatiempo/Al alto mar proceloso/ya cualquier barco se atreve./Todo viaje es breve/al navegante curioso./No hay ya tierra por saber,/no hay reino por conquistar;/nuevos muros ha de hallar/quien se piensa defender./Todo anda ya trastornado/sin dejar cosa en su asiento;/el mundo claro y exento,/no hay ya en él rincón cerrado./El indio cálido bebe/del río Araxis helado/y el persa en Albis bañado/y el Rhin más frío que nieve.<sup>14</sup>

Aunque Pedro Mártir de Anglería (1457-1526), sea considerado por algunos el primer cronista de América, a pesar de no haber pisado nunca suelo americano, no podemos descartar a otros, como el mismo Cristóbal Colón o incluso cartógrafos renacentistas, así como pescadores de ballena y bacalao, como fuentes primarias del conocimiento de las tierras «americanas». Sin embargo, será Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), uno de los primeros en darnos información escrita de primera mano sobre las recientes tierras «descubiertas».<sup>15</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés será igualmente uno de los primeros en recoger la información sobre islas presuntamente americanas asociadas con los antiguos reyes de España, «E assi mismo diré la opinion que yo tengo çerca de averse sabido estas islas por los antiguos, é ser las Hespérides: é probarélo con historiales é auctoridades de mucho crédito».<sup>16</sup>

Efectivamente, Aristóteles, o el pseudo Aristóteles, en su obra *de Mirabilibus Auscultationibus*, dice exactamente eso:

In the sea outside the Pillars of Heracles they say that a desert island was found by the Carthaginians, having woods of all kinds and navigable rivers, remarkable

12.- José Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, (Madrid: Dastín, 2002), lib. 1, cap. 22, 114

13.- Como ya decía Virgilio (70 a. C. - 19 a. C.): «Audentis fortuna iuvat» («A los que se atreven sonríe la fortuna»).

14.- Séneca, traducido por el padre Gregorio García, *Origen de las Indias*, (lib. 1, cap. 3, parr. 3, 88-90).

15.- Se calcula que llevó a cabo el viaje entre España y América al menos doce veces (Gómez de Caso 80).

16.- Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. 4. Vols. (Madrid: Real Academia de la Historia, 1851), Tomo 1, Libro 2, Prohemio, 9.

for all other kinds of fruits, and a few days' voyage away; as the Carthaginians frequented it often owing to its prosperity, and some even lived there, the chief of the Carthaginians announced that they would punish with death any who proposed to sail there, and that they massacred all the inhabitants, that they might not tell the story, and that a crowd might not resort to the island, and get possession of it, and take away the prosperity of the of the Carthaginians.<sup>17</sup>

En su *Historia general y natural de las Indias*, Oviedo cuenta que el llamado Nuevo Mundo no lo era tanto ya que, según Aristóteles, estas tierras eran conocidas desde la época de los cartagineses.<sup>18</sup> Así, al referirse a una isla apartada «muchos días de navegación», Oviedo escribe: «A la qual, como llegassen algunos mercaderes de Cartago, como por ventura movidos por la fertilidad de la tierra é por la clemencia del ayre, comenzaron allí a poblar é assentar sus sillas, o pueblos é lugares».<sup>19</sup> También cuenta que bajo pena de muerte ninguno debía pregonar ni osar navegar por esas aguas y los que ya habían estado debían morir para que el conocimiento de aquellas tierras no pasase a otras naciones. Lo más destacado del testimonio de Oviedo es lo que nos cuenta sobre el propio Cristóbal Colón, al que siempre ensalza y enaltece, pese a no darle el crédito de haber sido el primer descubridor de América:

Agora quiero yo decir lo que tengo creydo desto, é cómo a parescer Christóbal Colom se movió, como sabio é docto é osado varón, á emprender una cosa como esta, de que tanta memoria dexó a los presentes é venideros; porque conosció, y es verdad, que estas tierras estaban olvidadas. Pero hallólas escriptas, é para mí no dudo averse sabido é poseydo antiguamente por los reyes de España. E quiero decir lo que en este caso escribió Aristóteles (*sic*), el qual diçe que después de aver salido por el estrecho de Gibraltar haçia el mar Atlántico, se diçe que se halló por los cartaginenses, mercaderes, una grande isla que nunca avia seydo descubierta ni habitada de nadie, sino de fieras é otras bestias; por lo qual ella estaba toda silvestre y llena de grandes árboles é rios maravillosos é aparejados para navegar por ellos [...] Por lo qual movidos los cartaginenses é su Senado, mandaron pregonar só pena de muerte, que ninguno de ahy adelante á aquella tierra ossase navegar; é que á los que avian ydo á ella los matassen, por razon que era tanta la fama de aquella isla é tierra que si esta passasse á otras nasçiones que la sojuzgasen ó á otro de mas imperio que los cartaginenses, reçelaban que les seria muy gran contrario é inconveniente contra ellos é contra su libertad.<sup>20</sup>

17.– Aristóteles (ps), *De Mirabilibus Auscultationibus*. Cambridge (Mass.)/London: Loeb Classical Library, 1936), & 84, 273.

18.– Alejandro de Humboldt, *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, trad. Luis Navarro y Calvo. vol. 2. (Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, 1914), dedica un copioso apéndice donde incluye a autores clásicos como Plutarco, Estrabón, Herodoto, Sileno, Séneca, incluso Isidoro de Sevilla, entre otros, especulando la posibilidad de haber 'indicios de América' (359). Pero probablemente sea la cita de la obra de Aristóteles (384 aC - 322 aC) *Admirabiles Auscultationes* (capítulo 84, p. 836) donde dice que «en el mar que se extiende más allá de las Columnas de Hércules fue descubierta por los cartagineses una isla, hoy desierta, que tanto abunda en selvas, como en ríos aptos para la navegación, y está hermoçada con toda suerte de frutos, la cual dista del Continente una navegación de muchos días», la que más nos interesa (303). Por su parte, Diodoro atribuye el descubrimiento de la isla a los fenicios ([Apéndice II] 304).

19.– Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, (14; Tomo1, lib. 2, Cap. 3).

20.– Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, (14; Tomo 1, lib. 2, Cap. 3).

Estas opiniones llevarían al padre Las Casas (1484-1566), a acusar a Oviedo, de forma poco caritativa, de «vender a los reyes dellas las cosas que nunca fueron, por haber sido, afirmar y boquear que en los siglos pasados estas Indias o islas hobieren a España pertenecido».<sup>21</sup> No se debe olvidar la animosidad que existía entre estos dos documentados historiadores. Según Las Casas, que dedica dos capítulos de su *Historia* a este asunto, Oviedo al no poder comprender la lengua latina, cometía errores como el de afirmar, basándose en autores antiguos, que las Hespérides ya pertenecían a los reyes de España.<sup>22</sup> A pesar de todo el padre Las Casas, acepta, o mejor dicho no descarta, la llegada de embarcaciones de hombres blancos a Cuba antes de Colón (Casas, *Historia*, lib.1, cap. 13, 98). Escribe Las Casas: «Que el dicho navío pudiese con tormenta deshecha (como llaman los marineros y las suele hacer por estos mares) llegar a esta isla sin tardar mucho tiempo y sin faltarles las viandas y sin otra dificultad, fuera del peligro que llevaban de poderse finalmente perder, nadie se maraville, porque un navío con grande tormenta corre cien leguas, por pocas y bajas velas que lleve» (Las Casas, *Historia* lib. 1, cap. 13, 98). Las Casas, también, es el que más espacio dedica a la historia del 'protonauta' que presuntamente pasó sus secretos a Colón y a la sospechosa desenvoltura y seguridad que éste mostraba a la hora de negociar con los reyes de Portugal o de Castilla (Casas, *Historia* lib. 1, cap. 13, 99):

Thus, Las Casas, in 1552, fourteen years after Oviedo proposed his hypothesis of the Carthaginian voyage to America, returned to the topic and in his renowned *Historia delas Indias* quoted the Latin translation of the «Aristotelian text» discovered by Fernández de Oviedo. He believed that there were suggestions of a continent in the Sea of Occident in classical sources, especially in Ptolemy, Plato's myth of Atlantida, and Pliny, and he considered it plausible that references were being made to the American continent.<sup>23</sup>

Según Gómez de Caso, las siguientes generaciones de historiadores de Indias se identificaban más con la postura de Fernández de Oviedo que con la del padre Las Casas en lo que se refería al predescubrimiento cartaginés, (86). La información que nos da Oviedo sobre el predescubrimiento hecho por cartagineses, citando a fuentes tan importantes como Aristóteles, o el «pseudo Aristóteles», la volvemos a recoger en otro historiador contemporáneo suyo: Florián de Ocampo (1499-1555).<sup>24</sup> Se trata de uno de los primeros cronistas de Carlos V. A quién le fue encomendada la redacción en castellano de *La cró-*

21.- Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*. 5 vols. (Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1875, (lib.1, cap. 15, 117). Es importante ver la doble vertiente del padre Las Casas. Por un lado, defiende a todos los indígenas destacando sus cualidades humanas, cuasi infantiles añadiría yo, por otro, es un feroz y despiadado contrincante contra aquel que le lleve la contraria, sea el tema que sea.

22.- *Ibid.*, lib.1, cap. 15, 115. «Hespérides», tierra mítica de la que decía Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias* lo siguiente: «Plinio también en su lib. II cap. III, dice que el Océano cerca toda la tierra y que su longitud de Oriente a Poniente se cuenta desde la India hasta Cádiz, y en lib VI cap 31, dice con Solino en su *Polistor*, cap. 68. Estacio Seboso afirma que de las islas Gorgonas, que algunos creen ser las de Cabo Verde, aunque yo dudo mucho dello, como abajo parecerá, hay navegación de cuarenta días por el mar Atlántico hasta las islas Hespérides, que Cristóbal Colón tuvo por cierto que fueron estas Indias», *Ibid.*, lib. 1, cap. 9. 81.

23.- Jaime Gómez de Caso Zuriaga, *Spanish Historians of the Sixteenth Century and the Prediscoveries of America*, 80.

24.- Son varios los historiadores que identifican estas tierras con América, como cuenta el padre Gregorio García (1556-1627): «Por ventura, como algunos advierten, era aquella tierra que descubrieron los cartagineses la que ahora se llama Firme y les pareció isla. De lo cual trata Florián, Gómara, Oviedo, Genebrardo y Mariana; los cuales piensan que la tierra que hallaron los cartagineses era la isla de Santo Domingo o la de Cuba o la Tierra Firme, como está dicho, o la del



*nica general de España*, y cuyos primeros cuatro libros fueron publicados en Zamora, su ciudad natal, en 1543. En la biblioteca Santa Cruz de Valladolid se conserva uno de los pocos ejemplares de estos libros, donde dedica un capítulo entero al «predescubrimiento cartaginés». El título del capítulo es muy significativo: «Capítulo XIX. Como salieron del Andaluzia nauios cartagineses que descubrieron muy lexos de España por el gran mar oçeano de poniente, çiertas yslas y tierras mucho grandes, nunca sabidas ni vistas, que parecen muy semejantes a las que despues los españoles de nuestro tiempo hallaron y hallan cada día por aquellas mares que llamamos agora de las Yndias». <sup>25</sup> También se nos da la fecha: «llegado casi el año de trezientos y noventa y dos antes de la natividad de nuestro señor Jesucristo, o çierto muy poco antes o despues»: <sup>26</sup>

La señoría cartaginesa, miradas las circunstancias deste negoçio, no tuuo por bien alguna cosa d'lo hecho: ni permitieron que nadie passasse por entonçes a morar allá, mandando so pena de muerte que tan poco se manifestase donde caya [caía]. Hallamos en Aristoteles casi por estas mesmas palabras hecha memoria de la tal jornada, sino que parece poner la mas antigua, y añaden algunos, sobre lo dicho, auer sido muertos por determinaçion publica de Cartago todos los que deste viaje y descubrimiento vinieron: reçelando, segun dizen, que la fama de tal ysla no llegase a notiçia de algunas otras naçiones mas fuertes, y con los aparejos d'lla no perjudicasen su libertad. Y çierto si esto assi fuera, vano pudiera resultar a Cartágo, pues gozaran los otros delos prouechos y riquezas de la ysla, sin Cartago poder estoruarlo, por caer le tan lexos de las riberas africanas y españolas, que fueron las partidas donde prinçipalmente llegauan en el occidente sus intelligençias y nauegaçion. Desta suerte qd' o puesta en oluido la tal ysla muchos años y siglos, que hasta oy nadie supo donde fuesse/sino es, acaso, la ysla muy grande que nuestra gente descubrio pocos años antes d' agora, llamada Santo Domingo, que por otro nombre dezimos Española, ó la otra mayor, poco mas adelante, que suelen dezir Cuba, las quales deuen ser aquellas que llaman algunos autores alas Antillas. <sup>27</sup>

Gómez de Caso afirma que el cronista real Florián de Ocampo sería la fuente más fiable y documentada sobre el predescubrimiento de América:

Florián de Ocampo was a Royal Chronicler at the Court of Charles V. He was the historian who worked most extensevely and carefully on the subject of the possibility of a prediscovery of America. His conclusions are in chapter 20 of his *Crónica General* (General Chronicle), first published in 1553. Basing his observations on the cited text by Diodorus, he writes that around the year 392 BC, several Carthaginians ships left Cadiz on a private expedition and discovered

Brasil», Gregorio García (1554-1627), *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias occidentales*. Edición de C. Baciero, et al. Corpus Hispanorum de Pace, vol. 13. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005, lib. 1, cap. 3, § 2, 87-88.

25.- Florián de Ocampo, *Los quatro libros primeros de la Cronica general de España que recopila el maestro Florian do campo [sic] criado y cronista del Emperador Rey nuestro señor por mandado de su magestad çesarea*. (En Çamora. Año MDXLiii [1543]), libro 3, cap. 19, fols. 154r-154v. Respeto la ortografía original, así como la arbitraria acentuación del texto.

26.- *Ibid.*, fol. cliiii [154r].

27.- *Ibid.*, fols. cliiii [154r y 154v].

several islands in the Ocean which were very similar to those found by the Spaniards in the Caribbean Sea (Gómez de Caso, 86).<sup>28</sup>

Gómez de Caso pasa a calificar la información de Florián de Ocampo como «the most elaborate and scientific at the time of those which dealt with the subject of a Carthaginian predisccovery of America, which is why later Spanish historians support his conclusions» (Gómez de Caso 87). Sin embargo, existen razones para dudar de tan carismático e insigne historiador como fue Florián de Ocampo.

Se sabe que el editor de los *Comentarios* (1555) de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el zamorano Florián de Ocampo, tuvo buena relación en la Corte, y que la edición de 1542 de *Naufragios* (también conocida como *La Relación...*) fue publicada en su tierra natal, al igual que ocurrió un año antes con *Las quatro partes enteras dela Cronica de España que mando componer el Serenissimo rey don Alonso llamado el sabio. Vista y enmendada mucha parte de su impresion por el maestro Florian Docampo: Cronista del emperador rey nuestro señor*. [Al fin:] Zamora, Agustín de Paz y Juan Picardo, 1541 y un año después hará lo mismo con la *Crónica general de España*.

Before publishing anything under his own name, Ocampo worked on a lavish edition of Alfonso X's Chronicle of Spain, a work from the 13<sup>th</sup> century. He had been commissioned to correct and oversee the printing by the same Zamoran printer, Juan Picardo, who latter apparently forced him into the premature publication of the Chronicle. Ocampo's dedicatory epistle to his patron Luis de Zuñiga y Ávila asserted «es buena parte de la estoria saber los vocablos y manera de hablar que nuestros antecesores tuuieron para lo cotejar con la historia de nuestro tiempo».<sup>29</sup>

La «desnudez» de las palabras de Ocampo nos recuerda a la «desnudez» de Alvar Núñez en el prólogo de *Naufragios*. «Lo cual yo escribí con tanta certinidad, que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden sin duda creerlas: y creer por muy cierto, que antes soy en todo más corto que largo: y bastará para esto haberlo ofrecido a Vuestra Magestad por tal. A la cual suplico la reciba en nombre del servicio: pues este todo es el que un hombre que salió desnudo pudo sacar consigo» (1555:76). Ocampo escribe en las líneas finales del prólogo de su obra *Los quatro libros primeros de la crónica general de España*:

Solo desearia yo que los letores que deven esto a vuestra Magestad tuviesen avertencia particular a que mi principal intencion ha sido brevemente y en las mas desnudas palabras que puede contar la verdad entera y senzilla sin que en ella aya engaño ni cosa que la adorne para que mejor parezca/ sin enbolver en ella retoricadas y vanidades que por los otros libros deste nuestro tienpo se ponen/ pues allende de ser esto lo mejor y mas natural del buen estillo/ que çierto que si con artificio de razones o muy a lo largo yo lo quisiera dezir quedara prolixa y enojosa [pasa al folio 6r.] escritura. En lo qual dado que la fatiga y trabajo ayan sido demasiadamente grandes/ asi en el cuerpo como en el espiritu, todo es poco

28.- Gómez de Caso, «Spanish Historians of the Sixteenth Century...», 86.

29.- Samson, Alexander (2006). «Florián de Ocampo, Castilian Chronicler, and Habsburg propagandist: Rethoric, Myth and Genealogy in the Historiography of Early Modern Spain» *Forum for Modern Language Studies* Oxford, 42, 4 (2006), 339-354.

pues servicio que en ello se haze a Vuestra Magstad/ ante cuya grandeza y merecimiento qualquier cosa por magnifica que sea se deshaze (Ocampo 1544: fols. 5v. y 6r.).<sup>30</sup>

El erudito español Domínguez Ortiz es otro que también expresa sus dudas sobre la autenticidad de la información del editor y humanista Florián de Ocampo, ya sea por no ser del todo veraz o por dar un toque novelesco a sus historias:

Pero a falta de datos históricos en qué apoyarse, Ocampo no sólo aceptó las fábulas que sobre los reyes primitivos de España había fabricado el dominico italiano Annio de Viterbo sino que añadió otras de su propia cosecha, componiendo más que un relato histórico, una historia novelada que sólo alcanza hasta las campañas de los Escipiones. La influencia de Ocampo fue amplia y nefasta porque se trataba de una obra que, sobre estar escrita con buenas dotes literarias, resultaba entretenida y atrayente para el lector de tipo medio y lisonjeaba el orgullo nacional mostrándole una galería de personajes ilustres, héroes invictos y estupendas hazañas que aseguraban la primacía inmemorial de España sobre las demás naciones (Dominguez Ortiz 1990: *Historia de la Literatura Española*, Capítulo V, sección 2, 382).<sup>31</sup>

En una relativamente reciente tesis doctoral de Francisco Gómez Martos también encontramos las mismas reservas sobre la veracidad de Ocampo:

Si partimos del escaso interés, arrastrado además por el desconocimiento de las fuentes antiguas, que al dominio cartaginés había mostrado la historiografía medieval, la *Crónica* de Florián de Ocampo marcó durante el siglo XVI las pautas del discurso historiográfico sobre este período de la historia de España. En ese discurso, Ocampo construye toda una historia de los cartagineses y sus relaciones con la Península Ibérica que no se apoya sobre fuentes fiables hasta la conquista bárquida. El período que precede a ésta lo colma Ocampo con ficticios gobernadores cartagineses enviados a España y a Sicilia, cuyos nombres son o bien ideados por el cronista o bien rescatados de algunas fuentes pero sin conexión con la historia peninsular. Asimismo hace un uso arbitrario de la cronología e intercala episodios nacionales e internacionales de distinta naturaleza.<sup>32</sup>

Alejo Venegas (1497-1562), escribió un libro titulado *Primera Parte de las diferencias de libros que ay en el universo*.<sup>33</sup> Siendo uno de los pocos autores que, además de a Aristóteles, atribuye la paternidad de esta mención de los cartagineses a su discípulo y colega

30.–Florían de Ocampo, *Los quatro libros primeros de la Cronica general de España...*, Prólogo, fols. 5v y 6r.

31.– En la edición de *Los Çinco libros primeros de la Cronica general de España* publicada en Medina del Campo en 1553 por Guillermo Millis conservada en La Real Academia de la Historia (4/1754), está escrito a mano en el Folio 1 v: «Lo que este autor reprehende es el mayor pecado, porque saco toda esta historia de la del maestro Antonio Beoter valenciano, el qual escribio mucho antes que él en lengua valenciana».

32.– Gómez Martos, Francisco. «Juan de Mariana y la Historia Antigua. Planteamientos historiográficos». Tesis doctoral. Universidad Carlos III. Madrid: 2012. <[http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/16220/tesis\\_doctoral\\_gomez\\_martos.pdf?sequence=5](http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/16220/tesis_doctoral_gomez_martos.pdf?sequence=5)> (4 de Marzo, 2017), 6.3.4., 87.

33.– Alejo Venegas de Busto, *Primera parte de las diferencias de libros q[ue] ay en el universo*. Madrid: Por Alonso Gómez, 1569. La primera edición es de 1540 y fue impreso en Toledo por Juan de Ayala.

Teofrasto, sin el más mínimo demérito de la información presentada:<sup>34</sup> «Dize Aristoteles en vn libro que escribuió de cosas maravillosas que en la naturaleza se hallan, Aunque algunos quieren dezir q[ue] este libro es de Theophrasto, q[ue] tiene tanta autoridad como Aristoteles...».<sup>35</sup> La primera parte de la obra de Oviedo *Historia General y Natural de las Indias*, se imprimió en el año de 1535; pero la impresión de la segunda parte, realizada en Valladolid, quedó interrumpida por la muerte del autor en 1557 y sólo fue editada completa por la Academia de la Historia entre 1851 y 1855, en cuatro volúmenes, al cuidado de José Amador de los Ríos. Esto quiere decir que la referencia a los cartagineses apareció antes en la obra de Alejo Venegas que en la Fernández de Oviedo. De cualquier manera, la sustancia de la noticia es muy parecida en ambos autores. Escribe Venegas:

En este mismo libro dize el mismo autor que unos mercaderes [p. 124r] Chartaginenses nauegaron dende las Colunas de Hercules: y acabo de muchos dias de nauegacion hallaron vna isla q[ue] distaba de tierra firme por espacio de muchos dias de nauegacion [...] pensando que si la fama de la riqueza de aquella ysla venia en noticia de las estrañas naciones: con la cobdicia yrian a ella, y la harian vn propugnaculo y defensa en q[ue] se retruxessen para enseñorearse de todos: por donde su libertad podia venir en detrimento, si naciones estrañas tuuieran dominio de aquella ysla. Por lo qual mandaron que qualquiera q[ue] fuese osado de nauegar para aquella ysla que luego muriese y que los Carthagineses que auian edificado alla silos pudiessen auer los matassen.<sup>36</sup>

Venegas conjetura que estos cartagineses pasaron de las islas del Caribe a Tierra Firme: 'Que inconveniente es que digamos, que de aquellos Carthaginenses que poblaron la ysla que por firme señales barruntamos que es la Española: de donde se trae el palo Guayacan, que dicen palo de las Indias, se multiplicasen los hombres, y cundiessen hasta la ysla de Cuba: y de ay se derramassen hasta la tierra firme de America' (lib. 2, cap. 22, p. 65v.). Además, unas líneas más adelante, deja claro que Aristóteles se está refiriendo a los cartagineses y no a los fenicios: 'A esto dezimos que Aristoteles no dice que fueron Phenicianos, sino Carthaginenses a aquella ysla que distava por navegacion de muchos dias de la costa de Berberia' (lib. 2, cap. 22, p. 66r.).

Gómez de Caso presenta una observación pertinente e interesante, aunque no duda en ningún momento en dar la primacía de la noticia de los cartagineses en América a Fernández de Oviedo:

Naturally, a pre-discovery of these lands carried out from Cadiz by Punic seamen of Spanish origin would in accordance with the criteria of public international law at the time, modify the legal expectations of sovereignty over these territories in favor of the Spanish Crown. In fact, Fernández de Oviedo, who first attributed a pre-discovery of America to the Carthaginians, has often been accused of being a 'nationalist' Indies historian, as opposed to the 'ecumenical internationalism' of Las Casas.<sup>37</sup>

34.- Aristóteles legó sus manuscritos y puso a cargo de su Liceo a Teofrasto, cuya obra más conocida es su libro *Sistema Naturae*, que trata de las plantas y sus propiedades médicas, de ahí que se le considere como el padre de la botánica.

35.- *Ibid.*, lib. 2, cap. 22, fol. 65r.

36.- *Ibid.*, lib. 2, cap. 22, fols. 65r y 65v.

37.- Gómez de Caso, «Spanish Historians of the Sixteenth Century...», 84.

El poeta y cronista Juan de Castellanos (1522-1607), también recoge la misma información en su *Elegía de varones ilustres de indias*, obra de una extensión de cerca de ciento cincuenta mil versos endecasílabos, uno de los trabajos más extensos de los escritos en lengua española y mundial:

Los mapas otras mil veces rodeo  
Bojando penitísimas naciones  
Y anduve hartas horas á rastreo  
De las pisadas viejas y opiniones:  
Como Platón en Critias y Timeo  
Y el otro de las trágicas ficciones  
De tierras que tuvieron por muy ciertas,  
Que en sus días no fueron descubiertas.<sup>38</sup>

Unas líneas más adelante, Castellanos hace mención de la «curiosa» noticia de la llegada de los cartagineses a América:

Entre tales porfías y reyertas,  
No falto curioso que decía,  
Que estas tierras ya fueron descubiertas  
Por gente que en Cartago residía;  
Y viéndolas ser buenas y desiertas  
Alli dejaron cierta compañía,  
Y que por las derrotas era cierto  
Ser las mismas que habían descubierto (Elegía 1, Canto 6, 19).<sup>39</sup>

## II

Antonio de Herrera y Tordesillas (1549-1625), para algunos el cronista español más riguroso de su tiempo, no se limitó a repetir y reproducir la información ya conocida de otros autores, sino que hizo acopio de todos los datos que le fue posible reunir como papeles de la cámara real y reales archivos, libros registros y relaciones y otros papeles del Consejo de Indias, para así poder testimoniar todo cuanto aparece en su trabajo, tal y como se indica en la «Suma del Privilegio» al principio de su obra. Lo más interesante de este estudio para nuestro caso es la constatación de la enorme importancia que se da a la mención de estos navegantes cartagineses por parte de todos, o casi todos, los cronistas más importantes del siglo XVI y XVII. Herrera comenzará la primera Década de su obra magna precisamente con la mención de la llegada de los cartagineses a América:

Seneca en el fin de su Medea en el acto 2. dize que vendria tiempo, en que el Oceano se dexasse nauegar y se descubriese gran tierra, y viesse otro nuevo mundo. San Gregorio sobre la Epistola de S. Clemente, dize que passado el Oceano ay otro mundo y aun mundos, y otros dizen que vna naue de Mercaderes Cartagineses, a caso descubrio en el mar Oceano vna Isla de increyble fertilidad,

38.– Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*. Biblioteca de Autores Españoles 4, (Madrid, Atlas, 1944), Elegía 1, Canto 2, 10.

39.– *Ibid.*, Elegía 1, Canto 6, 19.



copiosa de Rios nauegables, remota de tierra, camino de muchos dias de nauegacion, no habitada de hombres, sino de fieras, por qual se quisieran quedar en ella, y que dando noticia en el Senado de Cartago, no permitio que nadie nauegasse a ella, y para mejor prohibirlo mando matar a los que la auian descubierto.<sup>40</sup>

El franciscano Juan de Torquemada (1562-1624) en su *Monarquía Indiana*, planteará muchas preguntas sobre dichos viajes; de igual manera en su capítulo «De la Población de Tullan, y su Señorío», no descarta la presencia cartaginesa en algún período de la historia mexicana precolombina:

Mas esta nacion [la mexicana], no se sabe de donde aya podido venir, porque no ay mas noticia desta, que la que al principio diximos, que vinieron a aportar a la Provincia de Panuco. Quieren dezir, que fueron algunos Romanos, o Cartagin-efes, que con temporales siniestros pudieron venir a dar a alguna costa de las que caen debaxo de el Norte, y que como no tuvieron con que tornar a passar mar tan largo, se aventuraron a entrar la tierra adentro. Otros quieren dezir, que debieron ser de algunos Irlandeses. Y en quanto a esto, por no desvariar, solo fe puede dexar a Dios. La razon que dan por donde se colige ser Irlandeses, es, porque se rayaban las caras, como estos, y comian carne humana, y por estar tan cerca de los bacallaos, y un estrecho que ay asi mismo muy pequeño, por donde también pudieron venir, y passar. Y visto por estas nuevas gentes, que en Tulla no se podian sustentar, por estar la tierra tan poblada, procuraron passar adelante, y fueron a poblar á Cholullan, donde por el consiguiente fueron muy bien recibidos, donde conocidamente se sabe, que emparentaron los naturales de alli con ellos, y quedaron poblados y arraygados muchos tiempos.<sup>41</sup>

Esta claro que el asunto de la procedencia de los primeros habitantes americanos fue un tema candente desde el principio de la presencia española en el «recién descubierto» continente. El mismo autor también menciona igualmente la costumbre de la circuncisión: «Y la circuncision, no se uso mas que en una Provincia de esta Nueva España; (como decimos en otra parte) y esto, no fue aprendido de los Judios, pues por lo dicho parece claro, no averlos visto; sino, que el Demonio, les enseñaria aquella Ceremonia, como sabia, averla avido, en el Pueblo de Dios, y averse dado tanto antes, á Abrahan, y á los de su Linage».<sup>42</sup>

40.- Antonio de Herrera y Tordesillas, Antonio de. *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar océano*. 9 vols. (Madrid: Imprenta Real, 1601-1615), vol. 1, Década 1, lib.1, cap. 1, p. 1.

41.- Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*. Edición de Miguel de León Portilla, (México: Universidad Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-83), Primera Parte, Libro 3, Cap. 7, 278. Por su parte, el padre Gregorio García, traduciendo del latín y citando a Marineo, nos habla de una moneda con la imagen de Julio César: «El tercero fundamento es lo que refiere Marineo [Lucio Marineo Siculo, De rebus Hispaniae memorabilibus, lib. 19, cap. 16 (compluti 1533, f. 106v)], que por ser de tanta fuerza para esta opinión quiero referirlo aquí traducido del latín que pone de este autor el padre maestro Malvenda [Tomás de Malvenda, De anticristo, lib. 3, cap. 16, p. 150, col. 2], que es lo siguiente»: 'No pasaré en silencio en este lugar una cosa que es muy memorable y digna de que se sepa, mayormente por haber sido, según pienso, pasado por alto de otros que han escrito. En cierta parte, que se dice ser de la tierra firme de América, de do era obispo fray Juan Quevedo, de la Orden de San Francisco, hallaron unos hombres mineros, estando cavando y desmontando una mina de oro, una moneda con la imagen y nombre de César Augusto. La cual, habiendo venido a manos de don Juan Rufo, arzobispo consentino, fue enviada como cosa admirable al Sumo Pontífice. Cosa es esta que quitó la gloria y honra a los que navegan en nuestro tiempo, los cuales se gloriaban haber ido al Nuevo Mundo antes que otros, pues con el argumento de esta moneda parece claro que fueron a las Indias mucho tiempo ha los romanos.' Hasta aquí es de Marineo, que bastaba por argumento para esta opinión» García, lib. 4, cap. 19, 283-284.

42.- Torquemada, *Monarquía Indiana*, Lib. 1, cap. 9, 27.

Verdad es que ha habido quien diga que son judíos, de aquellas tribus que se perdieron y que puede creerse, por parecerse en algo a los hebreos. Esta opinión ha sido de algunos que pensaron ser de las diez tribus de Israel que Salmanasar, rey de los asirios, cautivó y transmigró en tiempo de Osseas, rey de Israel y de Ezequías, rey de Jerusalén, como se cuenta en el cuarto de los *Reyes*: que puede haber dos mil y doscientos años, poco más o menos, que fueron llevados cautivos a Asiria; lo cual procuran probar con cinco razones. La primera de las cuales es por razón de la habitación y sitio y parte del mundo a donde se hallan, moran y habitan. Esto fundan en una autoridad del cuarto libro de *Esdras*, donde dice: que estos [*sic*] diez tribus de Israel se pasaron a vivir de allí, de Siria, más adelante, muy lejos, en una región y parte del mundo despoblada de gentes que nunca había sido habitada, camino de año y medio (Torquemada, vol. 1, lib. 1, cap. 9, 36).

El jesuita Juan de Mariana (1536-1624), recoge este dato en su *Historia de España*, como la mayor parte de los historiadores de su tiempo. Nótese que Mariana es uno de los pocos que hace una interpretación *sui generis* de este acontecimiento. No menciona en ningún momento a los enemigos de Cartago sino al mismo pueblo descontento de la propia Cartago que quería emigrar: «Temían, es á saber, que el pueblo, como amigo de novedades y cansado con la guerra de tantos años, no dejasen la ciudad yerma, y de común acuerdo se fuesen a poblar á tierra tan buena».

Por el mismo tiempo, como algunos cartagineses partiesen de España por mar, sea arrebatados contra su voluntad de algún recio temporal, sea con deseo de imitar á Hannon, tomando la derrota entre poniente y mediodía, y vencidas las bravas olas del gran mar Océano, con navegación de muchos días descubrieron y llegaron á una isla muy ancha, abundante de pastos, de mucha frescura y arboledas y muy rica, regada de rios que de montes muy empinados se derribaban, tan anchos y hondables, que se podían navegar. Por esto y por estar yerma de moradores, muchos de aquella gente se quedaron allí de asiento, los demás con su flota dieron la vuelta, y llegados a Cartago, dieron aviso al Senado de todo. Aristóteles dice que, tratado el negocio en el Senado, acordaron encubrir esta nueva, y para este efecto hace morir á los que la trajeron. Temían, es á saber, que el pueblo, como amigo de novedades y cansado con la guerra de tantos años, no dejasen la ciudad yerma, y de común acuerdo se fuesen a poblar á tierra tan buena; que era mejor carecer de aquella riquezas y abundancia que enflaquecer las fuerzas de su ciudad con extenderse mucho. Esta isla creyeron algunos fuese alguna de las Canarias; pero ni la grandeza, en particular de los ríos, ni la frescura concuerdan. Así los más eruditos están persuadidos es la que llamamos de Santo Domingo ó Española, ó alguna parte de la tierra firme que cae en aquella derrota; y mas cuidaron ser isla, por no haberla costeadó y rodeado por todas partes ni considerando atentamente sus riberas.<sup>43</sup>

El jesuita José de Acosta (1539-1600), hará otro tanto en su libro *Historia Natural y Moral de las Indias*, llamando la atención, una vez más, por no tener ningún empacho a la hora de criticar al «filósofo» cuando la ocasión se presentaba en su *Historia Natural y Moral de las Indias*: «Este es el parecer de Aristóteles: y cierto que apenas pudo alcanzar más la conjetura humana. De donde vengo, cuando lo pienso cristianamente, a advertir mu-

43.– Juan de Mariana, *Historia de España*. 2 vols. Edición de Pi y Margall. (Madrid: Atlas: 1854), vol. 2, lib. 2, cap. 2, 31.

chas veces cuán flaca y corta sea la filosofía de los sabios de este siglo en las cosas divinas, pues, aun en las humanas, donde tanto les parece que saben, a veces tan poco aciertan». <sup>44</sup> Igualmente dedica todo un capítulo al tema que nos ocupa, «Que se halla en los antiguos alguna noticia de este Nuevo Mundo» donde menciona todas las posibles conjeturas sobre estos viajes a Oriente y Occidente por parte de algunos pueblos de la antigüedad, por supuesto, incluyendo a los cartagineses. Escribe Acosta:

También escriben autores graves, que una nave de cartaginenses, llevándola la fuerza del viento por el mar océano, vino a reconocer una tierra nunca hasta entonces sabida, y que, volviendo después a Cartago, puso gran gana a los cartaginenses de descubrir y poblar aquella tierra, y que el senado con riguroso decreto vedó la tal navegación, temiendo que con la codicia de nuevas tierras se menoscabase su patria. De todo esto se puede bien colegir que hubiese en los antiguos algún conocimiento del Nuevo Mundo; aunque particularizando a esta nuestra América, y toda esta India Occidental, apenas se halla cosa cierta en los libros de los escritores antiguos. <sup>45</sup>

No comparto, por lo tanto, la opinión de Gómez de Caso, sobre el respeto que se tenía a los autores clásicos, como cuando se refiere a la obra *De mirabilibus auscultationibus* atribuida por mucho tiempo a Aristóteles: «We must remember that the authority of Classical writers was not readily questioned at the height of the Reinassance». <sup>46</sup> Siempre ha habido iconoclastas, aunque en este caso perteneciesen a la iglesia, que al igual que otros humanistas del Renacimiento fueron capaces de dar sus propias opiniones. Lo mismo ha ocurrido desde el principio de los tiempos con la interpretación de textos considerados sagrados o canónicos, aunque es cierto que el precio de diferir de la postura ortodoxa a veces llevase el castigo del destierro o la herejía.

El mismo padre Acosta, al relatar una victoria de los incas sobre los Chancas, escribió sobre la presencia de hombres barbudos en el Perú mucho antes de la llegada de los españoles: 'Habida, pues, la victoria de los Changas, declaró a sus soldados que no habían sido ellos los que habían vencido, sino ciertos hombres barbudos que el Viracocha le había enviado, y que nadie pudo verlos, sino él, y que éstos se habían después convertido en piedras, y convenía buscarlos, que él los conocería'. <sup>47</sup>

Pero será, una vez más, el dominico Gregorio García (1554-1627) quien con más ahínco se dedique a la tarea de estudiar los orígenes de los pueblos americanos. García no dudó en ningún momento que otros pueblos u otras civilizaciones tuviesen la capacidad y la curiosidad de explorar más allá de su entorno, por eso no deja de recordar la capacidad tecnológica de las embarcaciones fenicias y más tarde cartaginesas: «Sólo digo, que Herodoto refiere cómo Neco, rey de Egipto, envió navíos de Fenicia con marineros, para que diesen la vuelta y rodeasen el ámbito y grandeza de África. Los cuales, partiendo del mar Bermejo y rodeando a toda África, vinieron a cabo de dos años a las columnas de

44.- José de Acosta. *Historia natural y moral de las Indias* (Madrid: Dastín, 2002), (lib. 1, cap. 9, 82).

45.- *Ibid.*, lib. 1, cap. 11, 86.

46.- Gómez de Caso Zuriaga, Jaime. «Spanish Historians of the Sixteenth Century and the Prediscoveries of America», 80.

47.- *Ibid.*, libro 6, cap. 21, 404.

Hércules; y de aquí pasado un año, volvieron a Egipto» (García, lib.1, cap. 2, § 6, 84).<sup>48</sup> Unas líneas más adelante, vuelve a mencionar a estos pueblos marineros comparándolos con los mejores de su tiempo como podían ser los portugueses: «Plinio en su *Historia natural* dice que Hanon, capitán de los cartaginenses, navegó desde Gibraltar hasta lo último de Arabia y dejó escrita esta navegación. Lo cual si es así como lo dice Plinio, siguese claramente que navegó el dicho Hanon todo cuanto los portugueses navegan hoy en día, pasando dos veces la equinocial, que ciertamente es cosa de maravilla». <sup>49</sup> García, quiere encontrar gualmente conexiones lingüísticas entre la Atlántida y las lenguas habladas en la Nueva España: «Otro fundamento podemos dar a esta opinión, y es que en la Nueva España en lengua mexicana al agua tiene este nombre *atl*, el cual vocablo, ya que no sea con todas las letras que tiene el de la isla Atlantis, a lo menos tiene las tres primeras letras y significan substancia y realidad, lo propio que el mar Atlántico...». <sup>50</sup>

Pero no solo los cartagineses y fenicios eran duchos en el arte de la navegación. Si es verdad lo que escribió hace más de dos mil años el gran general romano Julio César en el libro tercero de sus *Comentarios de la guerra de las Galias*, los bretones ya eran consumados marinos desde antes de Cristo. «En la destreza y uso de la náutica se aventajaban éstos a los demás, y como son dueños de los pocos puertos que se encuentran en aquel golfo borrascoso y abierto, tienen puestos en contribución a cuantos por el navegan». <sup>51</sup> En la ciudad bretona de Vannes (Darioritum para los romanos) ya se fabricaban navíos que llamaron la atención del general romano por su capacidad para navegar por aguas atlánticas:

La construcción y armadura de las naves enemigas [bretonas] se hacía por esto de la forma siguiente: las quillas algo más planas que las nuestras, a fin de manejarse más fácilmente en la baja marea; la proa y popa muy erguidas contra las mayores olas y borrascas; maderamen todo él de roble capaz de resistir a cualquier golpe de viento; los bancos de vigas tirante un pie de tabla, y otro de canto, clavadas con clavos de hierro gruesos como el dedo pulgar. Tenían las áncoras, en vez de cables, amarradas con cadenas de hierro, y en lugar de velas llevaban pieles y badanas delgadas, o por falta de lino, o por ignorar su uso, o lo que parece más cierto, por juzgar que las velas no tendrían aguante contra las tempestades deshechas del Océano y la furia de los vientos en vasos de tanta carga. <sup>52</sup>

En la obra recopilatoria más importante de la historia del México precolombino, *Historia de la Cosas de la Nueva España*, el franciscano Bernardino de Sahagún (1499-1590) anota y transcribe toda la información que le proveen todos los sabios locales y ayudantes sobre las historias de sus antepasados. Después de varias décadas de acopio de testimonios orales y escritos, Sahagún consiguió, sin duda, el trabajo más serio realizado a este respecto. En algunas de las historias descritas, aparecen personajes que nos podrían hacer recordar, ya sea por la mención de barbas o por el color de la piel, a habitantes del con-

48.– Gregorio García (1554-1627), *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias occidentales*, libro 6, cap. 21, 404.

49.– *Ibid.*, lib.1, cap. 2, párr. 5, 83. García también habla de la semejanza de vocablos entre las lenguas americanas y el latín: «Canic» de can, «ignis» fuego en Colombia, «papa» al sumo sacerdote en México, etc. (García, lib. 4, cap. 19, 284-285).

50.– *Ibid.*, lib. 4, cap. 8, § 2, 244.

51.– Julio César, *Comentarios de las guerras de las Galias y de la guerra civil*. Trad. José Moya Muniaín (Madrid: Sarpe, 1985), libro 3, VIII, 67.

52.– *Ibid.*, libro 3, XIII, 69.

tinente europeo o de algunas zonas del Mediterráneo. La leyenda del «rey blanco», de «hombres barbudos», «hombres a caballo», «las Siete Ciudades de Cíbola», según la cual siete obispos cristianos se escaparon de la invasión musulmana y fundaron siete ciudades en alguna parte de las Américas, aparecerá intermitentemente en diferentes narraciones indígenas, españolas y portuguesas (Ramírez, Cabeza de Vaca, Sahagún, Sousa, etc.) y a lo largo de toda la geografía americana:

No tempo que se perderam as Espanhas, que reinava El-Rei Dom Rodrigo, que vai para quatro centos annos que com as sêcas se despovoaram as gentes, e pe-receram com a grande esterilidade e da entrada dos Mouros, como mais largamente se trata nas Escripturas antigas, por a qual causa do Porto de Portugal os mareantes e homens Fidalgos tendo noticia que para o Ponente havia terra que até então não fora descoberta, sómente pelas informações dos antigos e dos Espiritos tinham d'ella informação, determinarão de se embarcarem em sete náos com toda sua familia, e de hirem correndo ao Ponente confiados na misericordia de Nosso Senhor<sup>53</sup>

En el capítulo IX de su obra, Hernando Colón, nos habla igualmente de la presencia de cartagineses en América:

Por cuyos indicios, en las, cartas y mapamundis que antiguamente se hacían, ponían algunas islas por aquellos parajes, y especialmente porque Aristóteles, en el libro De las cosas naturales maravillosas, afirma que se decía que algunos mercaderes cartagineses habían navegado por el mar Atlántico a una isla fertilísima, como adelante diremos más copiosamente, cuya isla ponían algunos portugueses en sus cartas con nombre de Antilla, aunque no se conformaba en el sitio con Aristóteles, pero ninguno la colocaba más de doscientas leguas al Occidente frente a Canarias y a la isla de los Azores, y han por hecho cierto que es la isla de las Siete Ciudades, poblada por los portugueses al tiempo que los moros quitaron España al Rey D. Rodrigo, esto es, en el año 714 del nacimiento de Cristo.<sup>54</sup>

Pero será Sahagún quien de nuevo nos proporcione el ejemplo más conocido y profético de «hombres barbudos»:

*Quetzalcóatl* fue estimado y tenido por dios y lo adoraban de tiempo antiguo en *Tulla*, y tenía un *cu* muy alto con muchas gradas, y muy angostas que no cabía un pie; y estaba siempre echada su estatua y cubierta de mantas, y la cara que tenía era muy fea, la cabeza larga y barbudo; y los vasallos que tenía eran todos oficiales de artes mecánicas y diestros para labrar las piedras verdes, que se llaman *chalchihuites*, y también para fundir plata y hacer otras cosas, y estas artes todas hubieron origen del dicha [*sic*] *Quetzalcóatl* (Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, Lib. 3, cap. 3, 195).<sup>55</sup>

Algunos autores modernos han analizado desde una perspectiva político-ecuménica la relación entre la conquista de México y la figura de *Quetzalcóatl*. Desde el principio de

53.– Francisco Souza, *Tratado das Ilhas Novas e descobrimento dellas e outras couzas ...Anno do senhor de 1570* (Ponta Delgada [Açores]: Typ. do Archivo dos Açores, 1884), 13.

54.– Hernando Colón, *Historia del almirante*, (Madrid: Tomás Minuesa, 1892), cap. 9, 51-52.

55.– Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. Ed. de José María Garibay (México: Editorial Porrúa, 1992), lib. 3, cap. 3, 195.



la conquista se ha asociado esta figura prehispánica como un precursor ‘blanco y barbado’ que llegó muchos años antes que Cortés a tierras americanas para luego volver a marcharse con la promesa de volver a aparecer en tiempos venideros. Esta historia/fábula podía haberse usado en beneficio de la evangelización cristiana de las Américas e igualmente pudo haberse usado con fines políticos durante la independencia de México en su lucha contra España y así justificar la derrota de los mexicanos frente a Cortés que ya estaba profetizada desde tiempos antiguos. Fray Diego Durán (1537-1588), en su *Historia de las Indias de la Nueva España*, nos lo cuenta en boca de Moctezuma:

Yo he proveído de joyas y piedras y plumajes para que lleves en presente a los que han aportado a nuestra tierra, y deseo que sepas que quién es el señor principal de ellos, al cual quiero que le des todo lo que llevares y que sepas de raíz si el que nuestros antepasados llamaron Topiltzin, y, por otro nombre, Quetzalcoatl, el cual dicen nuestras historias que se fue de esta tierra y dejó dicho que habían de volver a reinar en esta tierra, él o sus hijos, y a poseer el oro y plata y joyas que dejó encerradas en los montes y todas las demás riquezas que ahora poseemos.<sup>56</sup>

Varios de estos padres de la iglesia resaltaron similitudes entre algunos ritos prehispánicos con sus homólogos judíos, griegos y cristianos, arguyendo que tanto alguna tribu perdida de Israel, como santos, obispos cristianos o incluso el mismo Jesucristo, ya habían plantado su semilla por tierras americanas. Además, de la historia del diluvio, presente tanto en la Biblia como en varios textos sagrados prehispánicos, (como el *Popol Vuh*), encontramos tradiciones equivalentes a las de Eva, el bautizo, la circuncisión, la comunión, la confesión, el paraíso, el diablo, el ayuno, la cruz, la mitra, el báculo, etc., que llevan a sugerir que estas tradiciones no eran nuevas en las tierras americanas.<sup>57</sup>

De acuerdo con estas teorías, algunos han identificado al dios mexica Quetzalcóatl con las citadas figuras bíblicas, incluido el propio Jesucristo, quizá por la adopción de un sincretismo cristiano que pudiese facilitar las labores de catequesis con las culturas precolombinas.<sup>58</sup> Como scribe Jonsoo Lee:

Unlike the Franciscans, some friars of other religious orders such as the Dominicans, Augustinians, and Jesuits maintained a diffusionist rather than a millennial approach, arguing that the New World had already been preached to by Saint Thomas, one of the apostles whom Jesus sent to evangelize the world. These friars found several significant similarities between Christian and indigenous religious practices, such as the use of the cross, fasting, and self-sacrifice. Based on these similarities, they argued that the New World had already been preached to, even before the conquest, by a Christian missionary (*The Allure of Nezahualcoyotl* 3).<sup>59</sup>

56.– Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*. 2 vols. (México: Imprenta de Ignacio de Escalante, 1880), Durán, tomo 2, cap. 69, 5.

57.– *Ibid.*, Apéndice 79.

58.– Véase, Donald W. Hemmingway and David W. Hemmingway, *The Bearded White God of Ancient America: The Legend of Quetzalcoatl*, de los mismos autores, *Ancient America Rediscovered*. Igualmente, Graham, Hancoc, *Fingerprints of the Gods: The Evidence of Earth's Lost Civilization*. Véase también el equivalente en la cultura preincaica: ‘Viracocha’, según autores como Juan de Betanzos, Pedro Sarmiento de Gamboa, Pedro Cieza de León.

59.– Jonsoo Lee, *The Allure of Nezahualcoyotl* (Albuquerque: The University of New Mexico Press, 2008), 3.

Sahagún no se limita a mencionar a hombres barbudos, también hace referencias al color de su piel:

Párrafo 7. De los ocultecas, Mazaoques y totonaques «Todos los hombres y mujeres son blancos, de buenos rostros bien dispuestos, de buenas facciones: su lenguaje muy diferente de otros, aunque algunos de ellos hablaban el de los *otomíes*, y otros el de los *nahuas* o mexicanos; y otros hay que entienden la lengua *guasteca*. Y son curiosos y buenos oficiales de cantares; bailan con gracia y lindos meneos».<sup>60</sup>

En su obra *Historia General de las cosas de la Nueva España*, aparecen pasajes que pueden llevar a confusión o que pueden interpretarse de diferentes maneras. En referencia a los primeros habitantes que poblaron México, los «panteca» o «panoteca», escribe Sahagún que éstos hombres llegaron con navíos que ‘pasaron aquella mar’. La referencia puede ser ambigua, ya que la palabra «navío» puede sugerir diversas embarcaciones de diferentes dimensiones, lo mismo que «aquella mar», que puede ser tanto la distancia que hay entre las islas del Caribe o el mismo océano Atlántico. Escribe Sahagún:

Quienes son los cuextecas, y toueyome y panteca o panoteca. «A los mismos llamaban *panteca* o *panoteca*, que quiere decir hombres de lugar pasadero, los cuales fueron así llamados porque viven en la provincia de Pánuco, que propiamente se llama *Pantlan* o *Panotlán*, cuasi *Panoayán* es que dizque los primeros pobladores que vinieron a poblar a esta tierra de México, que se llama ahora India Occidental, llegaron a aquel puerto con navíos que pasaron aquella mar; y por llegar allí, y pasar de allí le pusieron nombre de *Pantlán*, y de antes le llamaban *Panotlán*, casi *Panoayán*, que quiere decir, como ya está dicho, lugar de donde pasan por el mar».<sup>61</sup>

Otro franciscano, fray Toribio de Benavente (1482-1569), recoge en su obra *Historia de los indios de la Nueva España*, la misma información que el resto de sus homólogos franciscanos y jesuitas, pero incluyendo el número de días que duró la navegación a una tierra del Caribe (San Juan, La Española o Cuba) o la Nueva España que podría haber sido poblada, según algunos, por ‘generación de moros’ y según otros por ‘los nietos de Noe’:

Aristóteles, en el libro *De admirandis in Natura*, dice que en los tiempos antiguos los Cartagineses navegaron por el estrecho de Hércules, que es nuestro estrecho de Gibraltar, hacia el Occidente, navegación de sesenta días, y que hallaban tierras amenas, deleitosas y muy fértiles. Y como se siguiese mucho aquella navegación, y allá se quedasen muchos hechos moradores, el senado cartaginense mandó so pena de muerte, que ninguno navegase ni viniese la tal navegación, por temor que no se despoblase su ciudad. Estas tierras o islas pudieron ser las que están antes de San Juan, o la Española, o Cuba, o por ventura alguna parte de esta Nueva España.<sup>62</sup>

Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, de forma muy sumaria, narra el diálogo que hubo entre Moctezuma y Cortés, y cómo el primero tenía noticia de la llegada de los españoles: «[Q]ue verdaderamente debe ser cierto

60.– Sahagún, *Historia General de las Cosas*, Libro 10, cap. 39, Párrafo 7, frag. 81, 606-607.

61.– *Ibid.*, Libro 10, cap. 39, Párrafo 8, frag. 83, 607.

62.– Fray Toribio Benavente, *Historia de los Indios de la Nueva España* (Barcelona: Herederos de Juan Gili), 1914, Epístola Proemial 11.

que somos los que sus antecesores, muchos tiempos pasados, habían dicho que vendrían hombres de donde sale el sol a señorear estas tierras».<sup>63</sup>

En la *Historia de la conquista de Méjico* de Antonio de Solís (1610-1686) nos narra de una forma más prolija el diálogo que mantiene Moctezuma con Cortés cuando el primero le va a hacer una visita a sus aposentos:

Quiero que sepáis antes de hablarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesitamos de vuestra persuasión, para creer que el príncipe grande a quien obedecéis, es descendiente de nuestro antiguo Quezalcoal, señor de las siete cuevas de los Navatlacas, y rey legítimo de las siete naciones que dieron principio al imperio mejicano. Por una profecía suya, que veneramos como verdad infalible, y por la tradición de los siglos que se conserva en nuestros anales, sabemos que salió de estas regiones a conquistar nuevas tierras hacia la parte del Oriente, y dejó prometido, que andando el tiempo vendrían sus descendientes a moderar nuestras leyes, o poner en razón nuestro gobierno.<sup>64</sup>

No terminan aquí las coincidencias ya que Bernal Díaz del Castillo nos cuenta como uno de los emisarios de Montezuma al ver el casco que brillaba al sol de uno de los soldados de Cortés, pidió verlo porque se parecía a otro de sus antepasados: «Y parece ser que un soldado tenía un casco medio dorado, y aunque mohoso; y vio el Tendile, que era más entremetido [*sic*] indio que el otro, y dijo que le quería ver, que parecía a uno que ellos tenían que les habían dejado sus antepasados y linaje de donde venían, lo cual tenían puesto a sus dioses Huychilobos y que su señor Montezuma se holgaría de verlo» (cap. 38, 65).<sup>65</sup> En el mismo capítulo nos cuenta que Moctezuma mandó también a un cacique con regalos, pero que este cacique llamado Quintalbor<sup>66</sup> fue mandado para que Cortés viese que en su imperio también tenían a individuos parecidos a él: «[Y] venía con ellos un gran cacique mexicano, y en el rostro y facciones y cuerpo se parecía al capitán Cortés».<sup>67</sup> Esta información nos viene dada por un cronista fehaciente en la mayor parte de la información que nos ofrece, lo cual invita a pensar dos cosas: que en el pasado llegaron hombres con cascos relucientes a esas latitudes y que algún rastro genético quedaba de esas visitas en los habitantes del México de Moctezuma.

Uno de los recelos, más que justificado, a la hora de aceptar presencia europea en América, es la ausencia del uso de la rueda en los pueblos amerindios. Sin embargo, eso no implica que no existiese la rueda «per se». El uso al que iban destinadas estas ruedas, no obstante, era astronómico o religioso. El mismo Bernal Díaz, unas líneas más adelante menciona el regalo que el dicho Quintalbor llevó a Hernán Cortés: «[Y] lo primero que dio fue una rueda de hechura de sol de oro muy fino, que sería tamaña como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía, a lo que después

63.– Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España*, (México: Porrúa, 1983), cap. 89, 163.

64.– Antonio de Solís, *Historia de la conquista de Méjico*. Madrid: (Espasa-Calpe, 1970), lib. 3, cap. 11, 182-183.

65.– Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. 38, 65.

66.– Nombre que parece más bien sacado de una novela de caballerías.

67.– *Ibid.*, cap. 39, 66.

dijeron, que la habían pesado, sobre diez mil pesos, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna, y con muchos resplandores y otras figuras en ella...».<sup>68</sup>

Como iremos viendo, no es éste el único caso en las crónicas de América donde se pone en boca de los indígenas este tipo de afirmaciones.

### III

En la conquista del Perú encontramos casos similares, tal como nos cuentan varios cronistas, entre ellos el Inca Garcilaso de la Vega. Se atribuye así al Inca Viracocha, la profecía de que habría de llegar a su imperio «gente nunca jamás vista» a conquistarles sus tierras. Algo equivalente al Quetzalcoatl de los mexicas. Escribe Garcilaso en sus *Comentarios Reales*: «A este Inca Viracocha dan los suyos el origen del pronóstico que los Reyes del Perú tuvieron que después que hubiese reinado cierto número de ellos había de ir a aquella tierra gente nunca jamás vista y les había de quitar la idolatría y el Imperio».<sup>69</sup> En el capítulo 21 del libro 6 de su *Historia General del Perú*, titulado «Del nombre Viracocha y por qué se lo dieron a españoles», escribe Garcilaso: «Y porque el Príncipe dijo que tenía barbas en la cara, a diferencia de los indios que generalmente son lampiños, y que traía el vestido hasta los pies, diferente hábito del que los indios traen, que no les llega más de hasta la rodilla, de aquí nació que llamaron Viracocha a los primeros españoles que entraron en el Perú, porque les vieron barbas y todo el cuerpo vestido» (libro 6, cap. 21, 255).<sup>70</sup> Por esa razón dieron los incas el nombre de Viracocha a los españoles, por haberse cumplido la profecía de su líder: «Resta dezir aora, del nombre Viracocha, el qual nombre dieron a los españoles, luego q[ue] los vieron en su tierra: porque en la barba, y en el vestido semejavan á la fantasma, que se aparecio al Ynca Viracocha, como en su vida diximos. La qual fantasma, adoraron desde entonces, los Yndios, por su Dios, hijo del Sol, como ella dixo que era».<sup>71</sup> Incluso antes de la conquista del Perú (1532), contamos con testimonios españoles sobre la leyenda del «rey blanco» barbudo. En el manuscrito «Carta de Luis Ramírez a su padre desde el Brasil (1528)», conservado en la biblioteca del Real Monasterio de El Escorial se narra la experiencia de algunos españoles supervivientes de la expedición de Sebastián Caboto en 1526 al Río de Solís, más tarde llamado de la Plata.<sup>72</sup> Desde entonces ya algunos defienden que hubo expediciones clandestinas como las de Diogo Ribeiro y Estevan Froes en 1511 a esas tierras anteriores a la de Solís (1515-1516). Dice el manuscrito:

Este también dijo mucho bien de la riqueza de la tierra, el cual dijo haber estado en el Río de Solis por lengua de una armada de Portugal, y el señor capitán general por más se certificar de la verdad de esto le pregunto si tenían alguna muestra

68.– *Ibid.*, cap. 39, 66.

69.– Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*. (México: Porrúa, 2006), libro 5, cap. 38, 270.

70.– Inca Garcilaso de la Vega, *Historia General del Perú* (Cordova, por la viuda de Andres Barrera y a su costa, 1617), libro 6, cap. 21, 255.

71.– *Ibid.*, Garcilaso, *Historia*, lib. 1, cap. 40, p. 32v.

72.– Luis Ramírez, *Carta de Luis Ramírez a su padre desde el Brasil (1528)*. Introducción, edición, transcripción y notas, Juan Francisco Maura. *Lemir* (Departamento de Filología Hispánica de la Universidad de Valencia), <<http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/Ramirez.pdf>> 2007.

de aquel oro y plata que decían, u otro metal que decían los cuales dijeron que ellos quedaron allí siete hombres de su armada, sin otros que por otra parte se habían apartado. Y que de estos ellos dos solos habían quedado allí estantes en la tierra, y los demás, vista la gran riqueza de la tierra, y como junto a la dicha sierra había un rey blanco que traía bar[bas] vestidos como nosotros, se determinaron de ir allá, por ver lo que era, los cuales fueron y les embiaron cartas.<sup>73</sup>

La estatua que mandó levantar el príncipe Viracocha en el tabernáculo de la capilla en honor del dios Viracocha, llama la atención, además de por su barba, por su indumentaria. Así podemos leer el capítulo 22 del libro 5, de los *Comentarios Reales*: «Era un hombre de buena estatura, con una barba larga de más de un palmo; los vestidos largos y anchos como túnica o sotana, llegaban hasta los pies. Tenía un extraño animal, de figura no conocida, con garras de león, atado por el pescuezo con una cadena, y el ramal de ella en la una mano de la estatua» (libro 5; cap. 22, 257-258).<sup>74</sup> Un poco más adelante, escribe el Inca Garcilaso:

La estatua semejaba a las imágenes de nuestros bienaventurados apóstoles, y más propiamente a la del señor San Bartolomé, porque le pintan con el demonio atado a sus pies, como estaba la figura del Inca Viracocha con su animal no conocido. Los españoles, habiendo visto este templo y la estatua de la forma que se ha dicho, han querido decir que pudo ser que el apóstol San Bartolomé llegase hasta el Perú a predicar a aquellos gentiles, y que en memoria suya hubiesen hecho los indios la estatua y el templo.<sup>75</sup>

En los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega se hace una mención que igualmente nos puede recordar a alguna de las tradiciones de pueblos semitas como la de «rasgarse las vestiduras» cuando uno de sus líderes iba a ser enterrado. Escribe el Inca: «En una provincia que se llama Quechua, vi que salía una gran cuadrilla al campo a llorar su curaca; llevaban sus vestidos hechos pendones. Y los gritos que daban me despertaron a que preguntase qué era aquello, y me dijeron que eran las exequias del cacique Huamanpalla, que así se llamaba el difunto».<sup>76</sup>

La siguiente historia, que tiene lugar en las faldas de los Andés, en lo que sería hoy parte del territorio de Bolivia, Alvar Núñez Cabeza de Vaca pone en boca de unos de sus capitanes, Hernando de Ribera, un suceso de similares características. La única diferencia es que fue en este caso, el autor no ofrezca la misma confianza que Bernal Díaz del Castillo o el mismo Garcilaso de la Vega:

Fueron preguntados como sabian que auia christianos de aquella vanda delas dichas poblaciones, y dixeron que en los tiempos passados los indios comarcanos delas dichas poblaciones auian oydo dezir a los naturales de los dichos pueblos, que, yendo los de su generación por los dichos desiertos, auian visto venir mucha gente vestida blanca con baruas, y trayan unos animales (segun señalaron eran

73.- *Ibid.*, «Carta» 25.

74.- Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*, libro 5; cap. 22, 257-258.

75.- *Ibid.*, libro 5; cap. 22, 258.

76.- Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*, lib. 6, cap. 5, 285-286.



cauallos), diciendo que venian en ellos caualleros, y que se habían muerto muchos de ellos.<sup>77</sup> (*Comentarios/Relación Hernando de Ribera.*)

En la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (1555) de Agustín de Zárate, la primera pregunta que se plantea es la del origen de los habitantes de América. El título de su introducción, es el siguiente: «Declaración de la dificultad que algunos tienen en averiguar por donde pudieron pasar al Perú las gentes que primeramente le poblaron». En dicha introducción asevera Zárate:

La duda que suelen tener sobre averiguar por donde podrían pasar a las provincias del Perú las gentes que desde los tiempos antiguos en ella habitan, parece que está satisfecha por una historia que recuenta el divino Platón algo sumariamente en el libro que intitula *Timeo* o *De Natura*, y después muy a la larga y copiosamente en otro libro o diálogo que se sigue inmediatamente después del *Timeo*, llamado *Atlántico*, donde trata una historia que los egipcios recontaban en loor de los atenienses, los cuales dicen que fueron partes para vencer y desbaratar ciertos reyes y gran número de gente de guerra, que vino por la mar desde una grande isla llamada Atlántica, que comenzaba desde las columnas de Hércules ...<sup>78</sup>

Ya en el siglo XVII, una de las personas más cultas de su tiempo fue el andaluz Diego Andrés de Rocha, Catedrático de Derecho Romano de la Universidad de San Marcos de Lima y Oidor de dicha Audiencia. Bibliófilo por afición, se dedicará a defender por un lado el origen español (cartaginés) de los indios americanos y, por otro, a las diez tribus perdidas de Israel (Franch 30).<sup>79</sup> Se sabe que pasó la mayor parte de su vida en el virreinato del Perú, donde se dedicó a estudiar y recopilar información sobre los indios y sus orígenes. En referencia a los cartagineses Rocha, además de repetir la misma historia del viaje de los cartagineses recogida por todos los cronistas del siglo XVI, no duda de la autoría de Aristóteles: «si bien no ignoro que algunos han intentado o presumido que este libro no es de Aristóteles sino de Teofrasto; tienen tanto crédito en esta parte como los de Aristóteles, y el común de los intérpretes está por la fé de que este libro es verdaderamente de Aristóteles» (cap. 1, 7, 52-53). Rocha, además nos presenta nueva información de su propia cosecha cimentada en otros autores clásicos:

16. Bien me persuado que en este viaje de Hannon, há dos mil años, vendrían a esta América muchos cartagineses, pues dominaban a España, y mezclados con los españoles vendría mucha gente africana del reino de Túnez, que fue antigua Cartago, y muy vecina a Cádiz, y me persuado a ello, porque a los mandones y principales de esta América se llaman caciques, y este título fue propio y primitivo de la provincia cartaginense, donde a los principales caudillos llamaban *cacices*, como lo trae Juan Botero en sus *Relaciones del mundo*, primera parte, lib. 3, § *Reino de Tunes*, y § *Provincia cartaginense*, y allí el licenciado D. Diego de Aguiar, que le tradujo en castellano, y bien se ve lo que concuerdan *caciques* y *cacices*, y

77.- Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *La Relación y Comentarios del gouernador Alvar Nuñez Cabeça de Vaca, de lo acaecido en las dos jornadas que hizo a las Indias*. [‘Relación de Hernando de Ribera’], Valladolid 1555, fol., 139r.

78.- Agustín de Zárate, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Biblioteca de Autores Españoles vol. 26, (Madrid: Ribadeneyra 16, 1886), 460-461.

79.- Alcina Franch, «Introducción» *El origen de los indios* de Diego de Rocha, (Madrid: Historia 16), 1988, 30.

cuando los cartagineses dominaron en España, también tendrían allí sus caciques, y pasarían con Hannon cartaginense a esta América.<sup>80</sup>

Otro pasaje interesante, desde el punto de vista antropológico, es la relación que existe entre los indígenas americanos con los cartagineses y fenicios respecto a su tradición de los sacrificios:

9. Adelántase esta opinión de que los indios occidentales descienden de cartagineses, con la costumbre que tenían de sacrificar hombres y niños a sus dioses, porque según refieren Eusebio de la Preparación Evangélica, lib. 4, cap. 7, y Genebrardo sobre el Salmo, 105 y Justino en el libro 18. Ravicio Textor, in Officina, lib.1, cap. 14, infiere fueron los cartagineses, sobre las otras naciones, los más supersticiosos en sacrificar hombres y muchachos a sus dioses, y refieren cómo en un día sacrificaron a Saturno trescientos niños y mancebos para pedir la paz de sus dioses, y conservación y salud de su reino, y en esto se parecen mucho los indios a los cartagineses, porque en todo este Perú, y en especial en Nueva España, tenían costumbre los indios de sacrificar hombres a sus dioses...(Rocha, cap. 1, 9., 53).

#### IV

Pero no todo se limita a la Nueva España y a cronistas españoles. Ya en el siglo XVIII, el jesuita, antropólogo y naturalista francés Joseph François Lafitau, estudió de una forma, si se quiere «científica», los orígenes de los pueblos americanos. Además de conocer a fondo los testimonios de otros cronistas españoles (Torquemada, Acosta, Herrera, etc.) tuvo acceso a todos los registros que su orden había acumulado sobre esos pueblos desde el siglo XVI. Lafitau insistía en el origen griego de los indios americanos y hacía referencia a que la mayor parte de éstos tenían su cuna en los pueblos bárbaros que ocupaban Grecia sus las islas hasta la llegada de los cadmeos de Og que les obligaron a salir de allí, y que esto ocurrió en el momento en que los cananeos eran expulsados de su país por los hebreos (Alcina Franch, «introducción», Rocha 13).<sup>81</sup> En referencia a las tribus de los *hurones e iroqueses*, que conocía muy bien dado que convivió con ellos en la provincia de Quebec, afirma que procedían de los habitantes de Tracia. Esta afirmación sería respaldada por varios investigadores entre los que hay que citar a Vicente F. López, Julio C. Salas, Putnam, Zelia Nuttall o Fernando Lahille. Escribe Alcina Franch: «Coincidencias tales como la del termino azteca para designar templo, *teocalli*, tan semejante a la forma griega *theokalias* (casita de Dios), han hecho que muchos de estos autores defendiesen la hipótesis a que estábamos aludiendo».<sup>82</sup>

El mismo fundador de la ciudad de Quebec (1608), Samuel de Champlain, nos cuenta que a unas tres o cuatro leguas del cabo llamado Pountrincourt, en un lugar llamado «puerto de las minas» (port aux mines), en donde consiguieron extraer con mucha dificultad unos trocitos de cobre, se encontraron una cruz muy antigua, casi podrida, que

80.- Diego Andrés de Rocha *El origen de los indios*. Edición de José Alcina Franch (Madrid: Historia 16), 1988, § 3, 15, 106-107.

81.- Alcina Franch, 'Introducción' *El origen de los indios* de Diego de Rocha, 13.

82.- *Ibid.*, 13

sin lugar a dudas, según Champlain, era de cristianos: «In one of these harbours, three to four leagues north of Poutrincourt Cape, we found a very old cross, all covered with moss, and almost wholly rotted away, an unmistakable sign that formerly Christians had been there».<sup>83</sup> Por supuesto que surgen las dudas de a quién podía haber pertenecido dicha cruz (portugueses, vascos, bretones, etc). En el volumen segundo de los viajes de Champlain, aparece un mapa con el nombre de «Nouvelle Biscaye».<sup>84</sup> Si la fecha que nos da Champlain del descubrimiento de esa cruz es de mayo/junio de 1607, coincide con la descripción que nos da unos años más tarde, en 1744, el jesuita francés Pierre Charlevoix, en su documentado libro *Histoire et description générale de la Nouvelle France*, sobre las costumbres e historia de los diferentes pueblos que componen la 'Nueva Francia'. En ella Charlevoix habla de su llegada a una bahía que llama «Baye des Chaleurs» conocida antes en los mapas con el nombre de «Baye des Espagnols»:

Cette Baye est la même, que l'on trouve marquéé dans quelques cartes sous le nom de Baye des Espagnols; & une ancienne tradition porte que des Castellians y étoient entres avant Cartier, & que n'y ayant aperçu aucune apparence de Mines ils avoient prononcé plusieurs fois ces deux mots *Aca Nada*, que les Sauvages avoient répetés depuis ce temps-la aux François, ce qui avoit fait croire a ceux-ci que Canada étoit le nom du pays.<sup>85</sup>

Si consultamos la obra de Francisco de Souza, *Tratado das Ilhas Novas*, veremos como en ella se mencionan viajes de portugueses a las costas de «Terra Nova do Bacalháo».<sup>86</sup> La publicación de esta obra es de 1570 y, como se indica al final del título, estos viajes ocurrieron «sesenta años antes» de lo narrado en el citado librito. «Dos portugueses que forão de Viana e das Ilhas dos Azores a povoar a Terra Nova do Bacalháo, vay en sessenta annos, do que succedeo o que adiante se trata».<sup>87</sup> Por lo tanto, la cronología de estos viajes, podría corresponder al año de 1510 según lo publicado, o incluso antes si la publicación fue posterior. Pero lo más importante para nosotros es la mención en dicho libro de la permanente presencia de «Biscainhos» en aquellas aguas en fechas anteriores, en este caso sería por el cabo Bretón, donde los portugueses tenían una pequeña colonia. Escribe Souza:

Haverá 45 annos ou 50 (3) que de Vianna (4) se ajuntarão certos homens fidalgos, e pela informação que tiveram da terra Nova do Bacalháo se determinaram a ir a povoar alguna parte d'ella, como de feito foram em uma náó e uma caravela, e, por acharem a terra muito fria, donde ião determinados correram para

83.- Samuel de Champlain, *The Works of Samuel de Champlain*, 6 vols. (Toronto: The Champlain Society, 1970), vol. 1, *The voyages*, cap. 16, 455.

84.- En el 'Plate I', p. xix. justo debajo del río Saguenay (Champlain, vol. 2, lib.1, part. 2., plate 1, p. xix).

85.- En español: «Esta Bahía es la misma que encontramos marcada en algunos mapas con el nombre de Bahía de los Españoles y una antigua tradición dice que Castellanos habían entrado antes que Cartier y que no habiendo encontrado ningún rastro de minas habían pronunciado varias veces estas dos palabras «Acá Nada», que los salvajes habían repetido desde esos tiempos a los franceses, lo que les había hecho creer que Canada era el nombre del país» [Traducción de Tania Arias Vink]. En su segundo libro Champlain menciona haberse encontrado restos de los cimientos de una casa con trozos de leña podrida y cuatro bolas de cañón, y sospecha que podría ser donde Jacques Cartier pasó el invierno de 1535. Pierre Charlevoix, Pierre. *Histoire et description generale de la Nouvelle France: avec le journal d'un voyage fait par ordre du roi dans l'Amérique septentrional*. (Paris: Chez la Veuve Ganeau, 1744), vol. 2, lib. 2, cap. 4, 37.

86.- Francisco Souza, *Tratado das Ilhas Novas e descobrimento dellas e outras couzas*, «Título».

87.- *Ibid.*, «Título».

a costa de Leste Oeste té darem na de Nordeste –Sudoeste, e ahi habitaram, e por se lhe perderem os Navios não houve mais noticia d’elles sómente por via de Biscainhos, que continuam na dita Costa a buscar e a resgatar muitas coizas que na dita Costa há.<sup>88</sup>

Según lo citado, los portugueses llegarían a faenar a esas costas en una fecha anterior a la de 1510 y después de perder los navíos, tendrían noticia de que ya había vizcaínos que estaban faenando y comerciando por allí («a resgatar muitas coizas que na dita Costa ha»), pidiendo que informasen sobre ello a los suyos para que les mandasen socorro. En el prefacio decimonónico del *Tratado das Ilhas Novas* de Francisco de Sousa, se dice bien claro que los portugueses ya conocían Norteamérica antes de Cristóbal Colón: «Annos antes da primeira viagem de Colombo ás Antilhas, já em Portugal havia conhecimento de parte das costas da America do Norte. Os Cortes Reaes, ultimos emprehendedores, tornaram apenas mais positivo e extensivo esse conhecimento (viii)». La pregunta que deberíamos hacernos es desde cuándo andaban por esas latitudes los «vizcaínos» o los «portugueses». En el capítulo 4 del segundo viaje de Cartier (1535), se cuenta que sus hombres escuchan lo siguiente de los indígenas: «Après laquelle sortirent les dictz Taignoagny & Dom agaya marchans ver nous, ayans les mains jointes, & leurs chappeaulx soubz leurs coddés, faisans une grande admiration. Et commença le dict Taignoagny a dire, & proferer par trois *Jesus, Jesus, Jesus* levant les yeux vers le ciel, puis Dom agaya commença a dire *Jesus Maria*. Jacques Cartier regardant vers le ciel comme l’aultre».<sup>89</sup> Igualmente, los padres jesuitas vuelven a recoger el mismo testimonio sorprendiéndose cuando estos indios se hacían la señal de la cruz mirando al cielo mientras decían: «Jesús», «María».<sup>90</sup> Este pasaje de Cartier pasa a ser corroborado años más tarde por el testimonio del padre superior de los jesuitas, Charles L’Allemant, en una carta escrita a su hermano Jerome L’Allemant el primero de agosto de 1626:

Thus they believe (as Your Reverence sees) in the immortality of our Souls; and, in fact, they assure you that after death they go to Heaven, where they eat mushrooms and hold intercourse with each other. They call the Sun *Jesus*;{39} and it is believed that the Basques,{40} who formerly frequented these places, Introduced this name. It thus happens that when we offer Prayers, it seems to them that we address our Prayers to the Sun, as they do (*Relations de la Nouvelle France*, 201, vol. 4, Letter 35).<sup>91</sup>

88.– Francisco de Souza, *Tratado das Ilhas Novas e descobrimento dellas...*, 14.

89.– Jacques Cartier, *Discourse du Voyage fait par le capitaine Jacques Cartier aux Terres-nefues de Canadas, Noremburgue, Hochelague, Labrador & pays adiacens, dite nouvelle France* [1534]. (Lyon: De l’imprimerie De Louis Perrin, 1535-1536), 18v. y 19r.) En español la traducción es la siguiente: «Habiéndose marchado todos, comenzaron una plática que nosotros no podíamos oír de nuestras naves, que duró como una media hora, y luego los referidos Taiguragni y Domagaya salieron del bosque, dirijiéndose cá nosotros con las manos juntas y los sombreros debajo de los codos como en señal de grande admiración. Y entonces principió Taiguragni á decir y á proferir tres veces consecutivas: ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! alzando los ojos al cielo. Luego Domagaya principió á decir: ¡Jesús, María, Jacques! mirando al cielo como el otro» (Traducción de Mariano Urrabieta, *Los viajeros modernos o Relaciones de los viajes más interesantes e indructivos que se hicieron en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Edición de Eduardo Charton (Paris: Administración del Correo de Ultramar, 1861), cap. 4, 35.

90.– Joseph François Lafitau, *Customs of the American Indians*, vol. 1, cap. 4, 273.

91.– Rubemn Gold Thwaites, *The jesuit Relations and Allied Documents. Travels and Explorations of the Jesuit Missionaries in New France 1610-1791*. 72 vols. Lower Canada and Iroquois: 1642-1643 (Cleveland: The Burrows Brothers Company, publishers, 1818), 201, vol. 4, Letter 35.

Diez años más tarde, otro jesuita, el padre Perrault vuelve a recoger el mismo testimonio: «What I say is based on a letter found in our *Relations*, where Father Perrault, speaking of these Indians, assures us that, ‘They willingly make the sign of the cross as they see us make it, lifting their hands and eyes to the heavens, saying *Jesus, Maria*, as we do, to the point where, noticing the honour that we pay the cross, the poor people, without being asked, paint it on their stomachs, arms and legs’». <sup>92</sup> El mismo padre Lafitau nos recuerda que el símbolo antropomórfico de la cruz ya lo usaban egipcios y fenicios. De la misma manera menciona la opinión de algunos, como Hornius, que piensan que el símbolo de la cruz fue traído a las Américas por mercaderes cartagineses. Lafitau no comparte esta teoría y tampoco la que defiende la presencia de Santo Tomás en tierras brasileñas, paraguayas y peruanas. Sí contempla, no obstante, la teoría de que naves portuguesas con destino a la India, al pasar por las islas de Cabo Verde fueran llevadas por la corriente hasta la costa brasileña. De igual manera, que algún fraile superviviente de este accidente se adentrara en esas tierras a predicar el evangelio. <sup>93</sup> Esta teoría, que como hemos visto ya mencionaron con anterioridad cronistas españoles, nos ayudaría a entender la leyenda del «rey blanco». No obstante, el mismo accidente le pudo haber ocurrido a cualquier embarcación cartaginesa, o no, que navegara por esas aguas, como ya en su día dijo otro jesuita, el padre Juan de Mariana.

Como conclusión, para poder responder a estas preguntas sobre bases seguras y con criterios científicos sería necesario tener en cuenta, además de los testimonios del formidable número de cronistas del pasado, el conocimiento moderno que pueden aportar disciplinas como la antropología, la biología, la lingüística, la cartografía, la etnología, la arqueología y la paleobotánica. <sup>94</sup> A pesar de todo, los testimonios de tantos cronistas del siglo XVI no dejan de sorprendernos, por lo documentado de sus trabajos y por la lógica de sus conclusiones, en algunos casos de hace más de quinientos años.

92.– Joseph François Lafitau, *Customs of the American Indians*, vol. 1, cap. 4, 273.

93.– *Ibid.*, vol. 1, cap. 4, 280.

94.– Alcina Franch, «Introducción» *El origen de los indios* de Diego de Rocha, 7.



## Obras citadas

- ACOSTA, José. *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: Dastín, 2002.
- ANGLERÍA, Pedro Mártir. *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires: Bajel, 1944.
- ACQUARO, E. «Cartaginesi in America, una disputa del XVI secolo», *Actes du 3er. Congrès international d'études des cultures de la Méditerranée Occidentale*, París 1985.
- ARETA MARIGO, Gema. «Travesías de un discurso: islarios, atlántidas y otros principios», en *Herencia cultural de España en América: siglos XVI y XVII*. Edición de Trinidad Barrera. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2008.
- ARISTÓTELES (ps), *De Mirabilibus Auscultationibus*. Cambridge (Mass.)/London: Loeb Classical Library, 1936.
- BENAVENTE, Fray Toribio. *Historia de los Indios de la Nueva España*. Barcelona: Herederos de Juan Gili, 1914.
- BLÁZQUEZ, J.M., M.J. Alvar y C. González Wagner. *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid: Cátedra, 1999.
- CARTIER, Jacques. *Los viajeros modernos o Relaciones de los viajes más interesantes e indructivos que se hicieron en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Edición de Eduardo Charton. Traducción de Mariano Urrabieta. Paris: Administración del Correo de Ultramar, 1861.
- CARTIER, Jacques [1534]. *Discourse du Voyage fait par le capitaine Jacques Cartier aux Terres-nefues de Canadas, Norembegue, Hochelague, Labrador & pays adiacens, dite nouvelle France*. Rouen: 1598. <<https://archive.org/stream/discoursduvoyage00cart#page/62/mode/2up>>.
- CASAS, Bartolomé de las. *Historia de las Indias*. 5 vols. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1875.
- COSTA, Ivana. «Creso y Solón en el espejo de la Atlántida platónica». *Synthesis (La Plata)* v.14 La Plata ene./dic. 2007. Consultado en: <[http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0328-12052007000100005](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0328-12052007000100005)> <11 de noviembre de 2011>.
- CUESTA VILLAMAYOR, Mariano. «Los cronistas oficiales de Indias. De López de Velasco a Céspedes del Castillo», en *Revista Complutense de Historia de América* 33 (2007), 211-229.
- DURÁN, Fray Diego, *Historia de las Indias de la Nueva España*. 2 vols. México: Imprenta de Ignacio de Escalante, 1880.
- ESTEVE BARBA, Francisco. *Historiografía Indiana*. Madrid: Gredos, 1992.
- FRANCH, Alcina, «Introducción». *El origen de los Indios* de Diego Andrés de Rocha. Madrid: Historia 16, 1988.
- GARCÍA GUAL, Carlos. «Viajeros griegos. Viajes reales y fantásticos» en *Viajes, Literatura y Pensamiento*. Fernando Calderón Quindós y Pablo Javier Pérez López, Coords. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2009.
- GARCÍA, Gregorio. *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias occidentales*. Edición de C. Bacciero, et al. Corpus Hispanorum de Pace, vol. 13. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca, *Comentarios Reales*. México: Porrúa, 2006.
- . *Historia General del Perú*. Cordova, por la viuda de Andres Barrera y a su costa, 1617.
- GIANNINI, Alexander. *Aradoxographorum graecorum reliquiae, recognovit, brevi adnotatione critica*. Milan: Instituto editoriale italiano, 1965.
- GLIOZZI, Giuliano. *Adamo e il Nuovo Mondo*. Firenze: La Nuova Italia Editrice, 1976.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, Francisco Javier, Margarita Vallejo Girvés y Antonio Pérez Largacha. *Tierras Fabulosas de la Antigüedad*. Madrid: Universidad de Alcalá, 1994.
- GÓMEZ MARTOS, Francisco. «Juan de Mariana y la Historia Antigua. Planteamientos historiográficos». Tesis doctoral. Universidad Carlos III. Madrid:2012. <[http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/16220/tesis\\_doctoral\\_gomez\\_martos.pdf?sequence=5](http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/16220/tesis_doctoral_gomez_martos.pdf?sequence=5)>.

- GÓMEZ DE CASO ZURIAGA, Jaime. *Spanish Historians of the Sixteenth Century and the Prediscoveries of America*. *Mediterranean Studies*, 9. (2000): 79-88.
- . «La gran travesía púnica: España, Cartago y América». *Revista de Historia y Arte* 2 (1996), 35-48.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R., López Pardo, F. y Peña Romo, V. (eds.). *Los Fenicios y el Atlántico*. IV Coloquio del CEFYP. Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, 2008.
- HEMMINGWAY, Donald W. and David W. Hemmingway, *The Bearded White God of Ancient America: The Legend of Quetzalcoatl*. USA: Cedar Fort, 2004
- HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio. *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar oceano*. Cuatro décadas. Madrid, Imprenta Real, 1601.
- HORNI, Georgi. *De Originibus Americanis. Libri Quatur*. Hemipoli Sumptibus Joannis Mülleri Bibl, 1669.
- LAFITAU, Joseph François. *Customs of the American Indians*. 2 vols. Transl. by Fenton and Moore. Toronto: The Champlain Society, 1974.
- LEE, Jonson. *The Allure of Nezahualcoyotl*. Albuquerque: The University of New Mexico Press, 2008.
- MANZANO MANZANO, Juan. *Colón y su secreto* (Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1976).
- MARIANA, Juan. *Historia de España*. 2 vols. Edición de Pi y Margall. Madrid: Atlas, 1854.
- MAURA, Juan Francisco. «Carta de Luis Ramírez a su padre desde el Brasil (1528): Orígenes de lo 'real maravilloso' en el Cono Sur». *Revista Lemir*, 16 (2007): 2-63.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar. *La Relación y Comentarios del gouernador Alvar Nuñez Cabeça de Vaca, de lo acaecido en las dos jornadas que hizo a las Indias*. Valladolid 1555.
- TORQUEMADA, Juan de. *Iª [-IIIª] parte de los veynte y un libros rituales y monarchia Indiana [Texto impreso]: con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conuersion y otras cosas marauillosas de la mesma tierra: distribuydos en tres tomos*. Sevilla: Matthias Clauijo, 1615.
- . *Monarquía Indiana*. Madrid: En la oficina y a costa de Nicolás Rodríguez Franco, 1723.
- . *Monarquía Indiana*. Edición de Miguel de León Portilla, México: Universidad Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Históricas), 1975-83.
- HUMBOLDT, Alejandro. *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. *Historia de la geografía del nuevo continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI*. Tomo 2. Traducción de Luis Navarro y Calvo. Madrid: Librería de los sucesores de Hernando, 1914.
- ROCHA, Diego Andrés de. *El origen de los indios*. Edición de José Alcina Franch, Madrid: Historia 16, 1988.
- SAHAGÚN, Bernardino. *Historia de las Cosas de la Nueva España*.
- THWAITES, Rubemn Gold. *The jesuit Relations and Allied Documents. Travels and Explorations of the Jesuit Missionaries in New France 1610-1791*. Vol. 24. Lower Canada and Iroquois: 1642-1643. Cleveland: The Burrows Brothers Company, publishers, 1818. <<https://archive.org/stream/jesuits04jesuuoft#page/n213/mode/2up/search/perrault>>.
- VENEGAS DE BUSTO, Alejo. *Primera parte de las diferencias de libros q[ue ] ay en el universo*. Toledo: En casa de Juan Ayala, 1540.
- . *Primera parte de las diferencias de libros q[ue ] ay en el universo*. Madrid: Por Alonso Gómez, 1569.
- . *Primera parte de las diferencias de libros q[ue ] ay en el universo*. Valladolid: Diego Fernández de Cordoua, 1583.